

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS,

REGENTE DE CASTILLA.

ARTICULO I.

Autores extranjeros que le han juzgado atropelladamente.—Consideraciones sobre los errores de estos, y pensamiento dominante en su época.—Muerte de la reina Isabel.—Doña Juana la Loca.—Felipe el Hermoso.—Regencia de Fernando.—Su muerte.—Regencia de Cisneros.—Creación de los cuerpos de tropas permanentes.—Proyectos de conquista en Africa con la toma de Orán.—Restitución de las plazas y rentas usurpadas á la corona.—Quietud interior de Castilla.—Ingratitud del rey don Carlos de Austria.

Ya sabrán nuestros lectores la solemne ceremonia verificada en la celebrada Compluto (1), de la traslación de los restos mortales de don Fray Francisco Jimenez de Cisneros á su primitivo y magnífico sepulcro, felizmente colocado en la iglesia magistral de aquella ciudad famosa. ¿Quién fué el cardenal Cisneros?... habrán tal vez preguntado algunos.—¿Qué hizo por España, para que así se declarase fiesta nacional la inhumación de sus huesos al cabo de tres siglos y medio?... Hé aquí las preguntas que nos proponemos satisfacer en estos *Estudios*, tanto mas interesantes hoy, cuanto es mayor el tributo de admiración que España rinde al conquistador de Orán, y han sido mas rudas é injustas las acusaciones que le

(1) En uno de los periódicos que logran en el extranjero de mas publicidad, *La Presse* de Bruselas, se aseguró al dar la noticia de estas exequias, que acababa de morir en Alcalá el cardenal Cisneros. Podemos aquí decir con el poeta de Augusto: *Risum teneatis*.

JUNIO.

han dirigido escritores estraños, dándole un colorido ageno en gran manera á su elevado carácter.

Uno de los que mas equivocadamente lo han comprendido, es á no dudarlo M. Sismonde de Sismondi, literato de mucho mérito por otra parte, y que en su tiempo prestó servicios de alta monta á las ciencias políticas y á la historia.—En la que escribió de la *Literatura del Mediodía* no vacila en darle el título de «fraile orgulloso y cruel», añadiendo «que se habia levantado en masa la nación española para sacudir su yugo, si bien habia sucumbido finalmente á su violencia y á sus artificios, perdiendo no pequeña parte de sus privilegios.»—Mentira parece que en nuestros dias, cuando los estudios históricos han tomado la importancia debida, cuando la crítica ha alzado su voz para desterrar los errores y pulverizar preocupaciones añejas, se lancen acusaciones de esta especie contra hombres como el cardenal Cisneros, y se tergiversen tan á sabiendas los hechos para sacar de ellos tan descabelladas consecuencias.—¡El cardenal Cisneros oprimiendo al pueblo español y arrebatándole sus privilegios!...

¿Qué quiere decir esto en boca de un escritor republicano?... El cardenal Cisneros, hijo del pueblo, apareció en la arena política con distintos sentimientos, al asentarse junto á las gradas del trono; comprendió la alianza que habian jurado los pueblos y los reyes, y le prestó tambien su juramento, no para esclavizar á la nación, que vió en él su ángel tutelar, sino para salvarla de los tiranuelos que aun osaban insultarla con sus desmanes.—Los escritores que con tan poca circunspección han asentado tales proposiciones, ó no han estudiado con el detenimiento debido la época en que, para ventura de Castilla, empuñó las riendas del gobierno el arzobispo de Toledo, ó han bebido en fuentes poco fieles á sus doctrinas.—Fácilmente comprenderíamos

que cuando el cardenal Cisneros dejaba caer su mano niveladora sobre los restos del quebrantado feudalismo, no hubiera faltado algun noble que se atreviera á tacharle de tirano, dándole los títulos de artificioso y violento; pero jamás hubiéramos sospechado que en el siglo XIX, tratándose de su regencia, se le tildara tambien de cruel, acusacion que no pudieron dirigirle sus propios enemigos, y que se ve desmentida en gran manera por los hechos.

La prudencia, la rectitud y la templanza fueron las dotes que mas resaltaron en el cardenal durante los veinte meses de su glorioso gobierno: es verdad que le fué preciso vulnear antiguos intereses para llevar á cabo la grande obra que habia recibido de manos de Fernando V, intereses que se disgustaban del nuevo orden de cosas que se iba creando, y que pugnaban por retroceder á la anarquía de otros siglos; pero tambien lo es que disminuyó en cambio las cargas que pesaban sobre los pueblos, que libró á la corona de muchos y grandes embarazos, y que consolidó, en fin, la unidad política, aquella unidad que tantos esfuerzos habia costado á Isabel la Católica, y que habia hecho zozobrar el trono, llenando á la nacion de luto, y manchando su suelo con un espantoso regicidio.—Lejos, pues, de aparecer á nuestros ojos como el opresor de la nacion española, que le debia en parte su existencia, como tal nacion, hemos considerado siempre al cardenal Cisneros como un hombre de Estado que llegó á ocupar el poder en la situacion mas crítica y espinosa que podia imaginarse, situacion en que se hubiera infaliblemente estrellado, á carecer de aquel privilegiado talento, de aquella voluntad firme y perseverante, y de aquella decision y madurez que distinguen siempre á los grandes hombres de gobierno.—M. Sismonde de Sismondi, así como todos los estrangeros que se habian propuesto mancillar el nombre ilustre de Cisneros, tal vez por el mero hecho de haber vestido el hábito monacal, hubiera debido por tanto consultar la verdad histórica para no incurrir en tan reprensibles errores; cosa que honra sobremedida á los historiadores Robertson y Prescott, que, ó mas imparciales ó con mas profundas miras, han explicado perfectamente la época á que nos referimos, si bien no estamos en algunos puntos conformes con las doctrinas del primero.

Viniendo ya á considerar al cardenal Cisneros en sus relaciones con la nacion española, es, en nuestro concepto, necesario que echemos una ojeada, aunque rápida, sobre el estado que presentaba aquella despues de la muer-

te de Isabel primera. Murió la gran reina en 26 de Noviembre de 1504, llevando al sepulcro el sentimiento de la prematura muerte del príncipe don Juan (en quien habia puesto toda Castilla su esperanza) y el desconsuelo de dejar á su hija doña Juana entregada á lastimosos estravíos mentales, por lo cual era menospreciada de Felipe, su esposo, hijo del emperador Maximiliano y duque de Bravante.—Nombró en su testamento al rey Don Fernando, regente de los reinos de Castilla, durante la minoridad del príncipe Don Carlos, que contaba á la sazón cuatro años, y residia en Bruselas con sus padres; dejándole al mismo tiempo encomendados los maestrazgos de las órdenes militares y la mitad de las rentas que producía el Nuevo-Mundo.—No contentó á Felipe esta resolucion de la reina, por revolver en su mente, fiado en la debilidad de Doña Juana, el designio de apoderarse del reino, y gobernarlo á su antojo hasta la mayor edad de su hijo. Aconsejado por el ingrato é inquieto Don Juan Manuel, y resuelto no obstante á probar fortuna, envió embajadores al rey Fernando para intimarle que dejase la regencia y se retirase á Aragon, despachando al mismo tiempo emisarios para los magnates castellanos, que poco satisfechos del dominio del rey, no tardaron en prometerle su apoyo y obediencia.—Empresa fué esta que abrazaron los nobles con entusiasmo por tener aun la esperanza de recobrar su perdida preponderancia en el reino: abrigaban odio secreto contra el esposo de Isabel, cuya política los tenia humillados, y dolíales que mientras por una parte mermaban sus privilegios, crecieran por otra las inmunidades de los ayuntamientos.—Así fué, que retirados á sus castillos y fortalezas, dejaron muy en breve solo al rey Fernando, quedando únicamente á su lado el duque de Alba, el marqués de Dénia, y el cardenal Cisneros; lo cual no pudo menos de causar en el ánimo del anciano monarca terrible efecto, arrastrándole á quebrantar las promesas que habia hecho á su esposa en el lecho de la muerte: tal sucedia al contraer matrimonio con Doña Germana de Foix, sobrina de Luis XII.—Pareció olvidar el rey de Aragon en aquellos momentos de ira el gran proyecto que habia abrigado en todo el tiempo de su glorioso reinado, mostrándose en contradiccion consigo propio, y faltando á la costumbre de subordinar sus pasiones á sus máximas políticas, en cuya arte se habia encontrado quien le aventajara.—Pero esta medida extrema que se encaminaba á separar los reinos que la Providencia habia ya reunido, solo produjo una tibia y poco sincera reconciliacion con el es-

poso de Doña Juana, que lleno de no justificadas ambiciones, vino á Castilla al poco tiempo para alimentar las pretensiones de la nobleza y despertar su espíritu anárquico, concitándolo contra el rey Fernando, que se vió por último obligado á retirarse á sus naturales dominios.

El inesperto flamenco, con ningun conocimiento de las cosas de Castilla, y con poco decoro hácia su desgraciada esposa, pensó al verse libre del conquistador de Granada en dar rienda suelta á sus caprichos, oprimiendo de dia en dia mas inconsideradamente á doña Juana, y llegando su atrevimiento hasta el punto de proponer á las Cortes de Valladolid en 1506 que la declarasen como incapaz de reinar, mientras oprimida en un encierro carecia aquella infeliz madre de los consuelos de estrechar en sus brazos al autor de sus dias.— Los magnates castellanos, y en especial los representantes de las ciudades rechazaron no obstante aquella proposicion injuriosa para sus reyes, y vióse Felipe forzado á partir la corona con Doña Juana, si bien era en realidad el árbitro de los destinos de Castilla.— Amagaban á este reino calamidades sin cuento, temiendo los hombres sensatos nuevas revueltas, cuando en 15 de Setiembre del mismo año fué Felipe víctima de uno de sus frecuentes escesos, siendo su muerte, como dice oportunamente Robertson, el único acontecimiento memorable de su reinado, que duró solo tres meses.— La situacion en que se hallaron con tan repentina catástrofe los castellanos, no podia en verdad ser mas embarazosa; por una parte la minoridad del príncipe Carlos, por otra la locura de su madre, y por otra últimamente la enemistad del rey Fernando, que habia pasado á la sazón á Nápoles, deseoso de conocer aquel reino, ó desconfiado tal vez del Gran Capitan que acababa de conquistarlo.

La necesidad era grande y urgente, de aquellas que no dan tiempo para prevenirlas: algunos nobles instados por el revoltoso Don Juan Manuel, pensaban en llamar al emperador Maximiliano, mientras temiendo otros la venganza del rey de Aragon, esquivaban el poner de nuevo en sus manos las riendas del gobierno. Prevalció, sin embargo, la opinion de sus partidarios, á cuya cabeza se hallaba el cardenal Cisneros, quien comenzó desde estos momentos á presentarse en la arena política cual poderoso atleta, avasallando todas las voluntades.— Disgustado el arzobispo de las demasías que habia presenciado en el reinado de los tres meses, deseaba que entraran en razon aquellos descontentadizos magnates: convencido de que era necesario fortalecer el trono y

rodearlo de todo el prestigio posible, no podia menos de mirar con sentimiento las descabelladas pretensiones que se iban despertando, á medida que el poder y la influencia de la corona aparecian en mayor menoscabo.— Cisneros para allanar los obstáculos que existian aun, aconsejó á Fernando que declarase que no recibirian daño alguno los nobles de la parcialidad de Felipe; y usando unas veces de la lisonja y de la persuasion otras, observó tan sabia conducta que no halló aquel soberano resistencia alguna en su vuelta á Castilla.

La conquista del reino de Navarra fué una de las grandes ventajas que obtuvo la península de los últimos años de la regencia de Fernando, cuyo imperio se extendia ya desde los Pirineos hasta las fronteras de Portugal.— Su administracion no pudo ser mas justa y equitativa; y si bien manifestó extraordinaria alegría cuando en 1510 le dió á luz un hijo Doña Germana, tambien dejó á su nieto Don Carlos por único heredero de sus Estados cuando en 1516 le asaltó la muerte.

Nombró al pasar de esta vida, regente del reino al virtuoso cardenal, que habia permanecido durante las revueltas que hemos bosquejado, fiel á sus compromisos, y que recibió aquella pesada carga con valor extraordinario, apercibiéndose desde luego para la lucha que iba á comenzar entre él y la nobleza; lucha que no pudo menos de presentir, conociendo el carácter de la misma y teniendo la conciencia íntima de sus deberes.

Heredaba Cisneros la obligacion de consolidar la unidad política de la monarquía que no habia logrado aun echar profundas raíces, merced á la índole inquieta de los próceres; y aspiraban estos á reponerse de sus recientes quiebras, creyendo tal vez que un hombre avezado á las prácticas religiosas, mas bien que á las intrigas cortesanas, se dejaria fácilmente arrebatar un poder que nunca, sin embargo, se habia visto en Castilla mas seguro, si bien el hombre que empuñaba las riendas del gobierno frisaba ya en los ochenta años. Acometió, pues, el cardenal aquella árdua empresa con la decision y perseverancia propias de su carácter, y mientras la nobleza castellana hacia vano alarde de sus fuerzas, amenazando envolver el reino en la anarquía, preparaba con celo infatigable las mejoras que se hallaba decidido á introducir en la administracion del Estado.

Su larga esperiencia y sus buenos instintos le habian dado á conocer, como arriba indicamos, que la necesidad mas apremiante era la de rodear al trono de inusitado prestigio: para conseguirlo era indispensable despojar de

una vez á la nobleza de los medios que la hacían independiente de los reyes, cuyas prerogativas se habían visto siempre vulneradas.—Una economía ejemplar en la administración de las rentas públicas, y una recta administración de justicia, unidas á los beneficios que proporcionaba á los pueblos el alivio de impuestos y la abolición de la alcabala, pusieron muy en breve en sus manos los medios de dar cima á su obra.—El poder militar, que conforme á las costumbres feudales había existido hasta entonces en la nobleza, era conveniente que pasara á ser patrimonio de los reyes. No había menester ya la corona del auxilio de los magnates para proseguir las guerras contra los sarracenos, que habían sucumbido, ni cumplía tampoco al pensamiento enjendrado por las circunstancias tanto señor feudal, como de hecho imperaba en la monarquía, disponiendo de los ejércitos en perjuicio de los nuevos derechos que se habían levantado á exigir una representación entre los hombres. Recurrió el regente para satisfacer necesidad tamaña á las ciudades; recibieronle estas con los brazos abiertos, y pudo en poco tiempo el animoso Cisneros contar con respetables cuerpos de soldados, cuyos gefes pagaba el erario público, sin que reconocieran otro poder y otra voluntad mas que la suya. Pensamiento fué este que no podía dejar de introducir la alarma entre los magnates, y que hubo de cohonestar el sagaz regente con las guerras de Africa, cuya conquista era por otra parte una de las grandes ideas de gobierno que abrigaba aquel sabio ministro.—Mientras Cisneros tenía fija la vista en lo presente, para destruir cuanto estorbara á sus proyectos, no apartaba su mente de los medios con que debía contar España para gozar de legítima influencia entre las naciones europeas.—Era ya señora del Nuevo Mundo y necesitaba mantener los dominios de Italia, asegurando el imperio del Mediterráneo: las costas de Africa estaban convidando con su fertilidad y su importante situación á llevar á cabo semejante pensamiento; y el cardenal Cisneros, aun en vida de Fernando, había acometido tal empresa con valor admirable, apoderándose de Orán y otras plazas de aquel litoral, con grande aplauso aun de los que solo podían ver en este empeño una guerra religiosa.

El motivo, pues, que dió Cisneros para crear los cuerpos permanentes no pudo ser mas plausible, ni admitir contradicción por parte de la nobleza, contra la cual se encaminaban directamente aquellos preparativos.—Apercibióse al cabo de las intenciones del regente; pero era ya tarde para tomar por sí propia la

demanda, y recurrió á las ciudades para seducirlas, haciendo creer á algunas que la ordenanza dada por el cardenal á los cuerpos creados era contraria á sus privilegios. Burgos, Valladolid y alguna otra población, en donde los nobles habían logrado introducirse en los ayuntamientos, tomaron las armas; mas fueron muy en breve reducidas á la obediencia, obteniendo el perdón de Cisneros, cuya severidad solo pudo ensañarse contra los verdaderos motores de los alborotos.

Teniendo en sus manos las armas y dados estos primeros pasos, parecia lógico proseguir el comenzado camino: las riquezas de que gozaban los magnates, adquiridas bajo injustos títulos; las plazas y fortalezas que habían usurpado á la corona durante las revueltas pasadas, debían volver al dominio de los reyes, sirviendo de alivio á las cargas públicas.—Jimenez espidió un decreto, en el cual anulaba cuantas pensiones había concedido el rey Fernando, y mandaba restituir las posesiones de que se había desprendido Isabel para premiar á sus parciales en los primeros años de su reinado.—Irritó esta medida á los nobles; tramaron nuevas conjuras y proyectaron revueltas; pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y hubieron de doblar el cuello, mal su grado, al yugo de un hombre á quien neciamente echaban en cara la humildad de su nacimiento.—La respuesta dada por el regente al duque del Infantado, al almirante de Castilla y al conde de Benavente, les advirtió de que se habían trocado ya los tiempos, y de que había caducado su poder, si bien nunca abandonaron la esperanza de recobrarlo.

El regente entre tanto cobraba de día en día mayor crédito, pagando religiosamente todas las deudas contraídas por los Reyes Católicos, y estableciendo almacenes y parques de artillería, abastecidos de todas armas, con lo cual se proponía acallar el descontento de la nobleza y poner á la nación española á salvo de cualquier invasión extraña.—Así, cuando Juan de Albret entró en el reino de Navarra con ánimo de reconquistarlo, bastó una sola batalla para terminar aquella contienda, quedando asegurada su posesión para siempre.—No fué tan venturoso el éxito de la guerra africana, en donde la desacertada conducta del general y el temerario valor de los soldados, dieron á Barba-Roja conocidas ventajas sobre las huestes españolas, que habían peleado hasta aquella época prósperamente. Pero este revés no alteró un punto la política de Cisneros, cuya constancia admirable en las adversidades contrastaba grandemente con su templanza y moderación en los días del triunfo.—Tenía el car-

denal el convencimiento íntimo de las inmensas ventajas que debía reportar á la península la conquista de la vecina costa del Mediterráneo; y con aquella voluntad inflexible que habia desplegado al hacerse cargo de la regencia, continuó sus aprestos y mandó nuevos soldados al Africa, venciendo no pequeñas dificultades, entre las que no era la menor la repugnancia con que se veía ya generalmente por los nobles esta empresa.

He aquí de la manera con que respondia el cardenal Cisneros á las imperiosas necesidades de su época. Estender y asegurar la potestad real; dominear la altanería de los nobles, cortando así la anarquía que á principios del siglo XV habia en Avila escandalizado al mundo con el mayor de los escándalos (1): restituir á la nación y al trono las usurpaciones de que eran víctimas; establecer medios durables para garantizar el triunfo de la razon y de la ley; nivelar los cargos y los derechos; organizar la administracion, y en una palabra, constituir una nacion en donde todo se hallaba confundido, en donde la voluntad ó el capricho de unos pocos imperaba sin freno sobre la dasapoderada muchedumbre.... hé aquí, decíamos, la grande obra que Cisneros se propuso acometer en los gloriosos veinte meses de su laboriosa regencia. Si llevó á cabo aquellos pensamientos, si logró en tan corto espacio dar cima á una empresa que se habia preparado difícilmente por muchos siglos, á costa de la sangre de los pueblos y aun de los reyes, díganlo los hechos, mas fieles é imparciales que la ojeriza de los estraños que, ó por falta de documentos ó por sobra de enemistad, intentan todavía presentar al grande hombre de estado animado de creencias y sentimientos que

(1) Aunque suponemos que la mayor parte de nuestros lectores conocerán el hecho á que aludimos, nos parece oportuno el referirlo aquí para inteligencia de los que carezcan de semejante noticia. Enrique IV era un rey débil y poco entendido en las cosas del gobierno: los nobles aprovecharon esta ocasion para apoderarse de todo: en su empeño fueron tan adelante que se resolvieron para juzgar por sí al rey y declararlo como incapaz de reinar. Para lograrlo se reunieron en Avila, levantaron un tablado en la plaza pública, pusieron en él la estatua del rey sobre un trono, y despues de haber leído en alta voz su acusacion, el arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo le quitó la corona, el conde de Plasencia arrancó de sus manos la espada de la justicia, el conde de Benavente le arrebató el estro, y finalmente D. Diego de Estúñiga arrojó la estatua al suelo, justificándola despues entre los alaridos de aquella turba de nobles que aclamaban por rey al propio tiempo al infante D. Alfonso, hermano de Enrique IV. Dejamos á nuestros lectores sacar las consecuencias de semejante hecho, segun convenga á sus creencias históricas.

están en contradiccion abierta con sus actos de gobierno. ¿Cómo, pues, se dirá que Cisneros subyugó á la nacion española, despojándola de sus principales fueros y privilegios? ¿Quién osará asentar que fué cruel un hombre que perdonaba á los enemigos del reposo público (como observa cueradamente Robertson); despues de vencidos y de restablecido el órden en el Estado? Confesamos que no comprendemos cómo un escritor de la ciencia y del talento de Sismondi se dejó llevar tan fácilmente de la natural prevencion con que ven los estrangeros nuestras cosas, hasta el punto que hemos notado en el ingreso de este artículo.

Si es verdad que cada siglo tiene sus necesidades, que es preciso satisfacer á toda costa; si los grandes hombres de gobierno lo son porque comprenden el espíritu de la época en que viven, preparando y abriendo la marcha respectiva de sus pueblos en la carrera de la civilizacion, ¿por qué se pone en duda un solo momento el que Cisneros previno las necesidades de su época y abrió la senda que debia seguir la monarquía española, al levantarse grande, poderosa y temida de las gentes? Las doctrinas de los escritores á que aludimos, no pueden estar mas en contradiccion con su crítica al aplicarse á los hechos y á las personas; pero esta es una de las tristes condiciones de la humanidad, que jamás puede contenerse en lo justo.

Estudiemos en otro artículo la vida del grande hombre, á fin de quilatar mas cumplidamente su talento y sus altas virtudes. Las contradicciones y persecuciones que le aflijen hasta en las puertas del sepulcro, darán sin duda mayor realce y esplendor á su extraordinario carácter, completando así el estudio que nos hemos propuesto hacer del famoso regente de Castilla.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Principiamos á insertar desde este número el *Album de mis recuerdos*, bellísima produccion de nuestra distinguida colaboradora la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco. Este precioso libro contiene sus memorias; es la historia de una vida inmaculada, llena de afectos tiernos, rica de impresiones y de poesia, perfumada, en fin, por el delicado aroma que se desprende de un corazon henchido de amor puro y santo.

No dudamos que nuestros lectores espe-

rimentarán al leer estas dulcísimas páginas lo que nosotros hemos experimentado, y que mas de una vez una lágrima nacida del fondo del alma, humedecerá sus pupilas. Es la mujer la que habla allí siempre, olvidándose de que es escritora; pero es á su pesar grande escritora, y en esto es en lo que precisamente hallamos el mayor encanto del libro que ofrecemos al público, libro digno de la pluma que ha escrito los estudios morales que bajo el título: *La Mujer*, acaban de publicarse en nuestro periódico.

ALBUM DE MIS RECUERDOS,

POR LA SEÑORA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

DEDICATORIA.

AL SEÑOR DON JOSÉ MARCO, CABALLERO DE LA
ÍNCALITA Y MILITAR ÓRDEN DE SAN JUAN DE
JERUSALEN.

El *Album de mis recuerdos* te pertenece: en él están consignadas todas las memorias dulces y melancólicas de mi vida y para tí le he escrito, porque abrigo la convicción de que el hombre debe conocer la vida entera de la mujer á quien confía su honor y su felicidad.

Este volumen encierra la existencia mia; y aunque, felizmente, se halla exenta de toda mancha, no te las ocultaría si las tuviese: en él está tambien la historia de nuestros amores, que he escrito con el deseo de que sirva á las jóvenes de mi edad de una útil lección, convencíéndolas de que la simpatía de las almas es la base de la verdadera felicidad.

Guarda pues este libro de mi vida, y quiera Dios te sea tan dulce su lectura como ha sido grata la tarea de escribirle á tu

MARIA.

Madrid 17 de Enero de 1858.

INTRODUCCION.

No creais, lectores míos, que vais á encontrar en este libro acontecimientos trágicos, escenas horripilantes, ni luchas de pasiones frenéticas: este volumen está destinado á guardar todos aquellos acontecimientos de mi vida que mayor impresion me han causado: le he bautizado con el nombre de *Album de mis recuer-*

dos, y si bien los encierra tristes y agradables, todos son suaves y ninguno hará daño á vuestro corazón, como no lo hace al mío.

Jamás he habitado grandes y populosas ciudades; mi vida hasta hace dos años se ha deslizado tranquila ya en una, ya en otra capital de provincia, permaneciendo siempre al lado de mis padres y de mis hermanos.

Este libro pudiera titularse *Mis memorias*, y seria quizás el nombre que mas le conviniera; pero he destinado de dársele porque tal vez creyeran muchos que encerraba una presunción de que estoy muy distante.

A vosotros, lectores míos, os diré sin ese temor, que voy á daros *las memorias* de los primeros diez y ocho años de mi vida, es decir, de mi vida de soltera: mis memorias de casada formarán un segundo volumen que os ofrezco para mas tarde, pues pienso continuar esta obra dividiéndola en tomos, hasta que Dios me llame á sí.

En este primero, que os presento, he mezclado á la realidad alguna ficción, tanto por respeto á muchas personas que figuran en ella y que existen, cuanto por el deseo de haceros las pequeñas historias que contiene mas agradables y variadas.

Hay, pues, en este libro una parte de fantasía; pero no seré yo quien separe á vuestros ojos la realidad de la fábula: solo os diré que todas las acciones buenas y sensibles son verdaderas y que, en lo que á mí toca, nada he inventado puesto que trato de dar á conocer á mi esposo la historia de mi vida.

Casi todos los caracteres están copiados del natural; pero algunos son imaginados por mí á fin de retratar virtudes ó con el objeto de hacer odiosos algunos defectos.

Aquí hallareis cuentos infantiles, dulces historias de la adolescencia, episodios apasionados del estío de la vida, y narraciones tristes de la ancianidad; pero de todo confío que sacareis alguna útil lección, y algun consuelo para vuestras penas.

Este libro es lo mas querido que puedo ofrecer, jóvenes y amadas lectoras mías, pues siempre son dulces y gratos los recuerdos de nuestra edad primera: si le encontrais algunos defectos, perdonadlos en gracia del buen deseo y del cariño que me guía al ofrecérosle.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ALBUM DE MIS RECUERDOS.

PÁGINA PRIMERA.

CARLOTA.

Escuchad, hijos míos, esta triste historia: conservad su recuerdo como una santa lección, y cuando la nieve de los años blanquee vuestros cabellos referíd-sela á vuestros nietecillos.

(DELPHINE GAY. *Retour du Prodigé.*)

I.

La época mas lejana á que puede reconcentrarse mi memoria es el día en que cumplí cuatro años.

Era yo una niña muy pequeña, delgada, enfermiza y con los piecitos tan torpes ó tan endebles, que no querían ó no podían sostenerme.

Mi madre dice que era yo silenciosa y triste, que apenas comía y que nada me llamaba la atención; pero, aunque apeteciera algo, dos cosas me impedían decirlo: era la primera un sentimiento invencible de orgullo, y la segunda un vergonzoso temor de hablar, porque era extraordinariamente tartamuda.

Mi placer mayor consistía en dormir y mi mas insoportable tormento en sujetarme dos horas todos los días á estar quieto, mientras mi madre rizaba mis largos cabellos, de un rubio dorado y pálido.

Tenia una hermanita menor que yo, cuyo nombre era María Josefa, á la cual abandonaba todos mis juguetes, importándome muy poco que los rompiese.

Mi hermanita era rubia como yo y tan linda, segun la memoria que guardo de ella, que solo puedo dar alguna idea de su figura comparándola á esos ángeles que rodean á la madre de Dios.

Las que teneis hijos, que no pasan de dos años, me perdonareis la pueril descripción de mi pequeña hermana y quizá tan inocente retrato hará asomar á vuestros ojos una lágrima de ternura, arrancada á vuestro amor materno.

Aun recuerdo á María Josefa metida dentro de un carrito de esos que enseñan á andar á los niños: solo se presenta á mi memoria con uno de esos trajes cuya circunstancia os hará ver cuan pocos días la conocí sobre la tierra.

Era blanca, como esas rosas nítidas, matizadas de un sonrosado tan suave que dejan la

vista incierta sobre su verdadero color: su cabellera dorada era corta y sedosa, porque su breve estancia en el mundo no la habia permitido crecer y tomar consistencia todavía: sus ojos eran grandes y garzos como los de nuestro padre; su frente ancha, con esa irregularidad candorosa que se observa en todos los niños de pocos meses; su boquita enseñaba al reir ocho dientecillos iguales, únicos huéspedes aposentados en ella: su cuellecito de marfil era corto y estaba lleno de hoyucos: sus manos y pies eran diminutos y rosados, y su voz parecia el gorgceo de un pajarillo.

Llevaba una bata de chaconada rosa, por debajo de la cual se veían unas enaguillas bordadas.

Vestíanla temprano porque era estío, y me vestían á mí al mismo tiempo con un hábito de mi santa vírgen patrona, pues mi estado enfermizo hacia que mi madre no deseara para mí otro traje: despues que nos daban el desayuno, el cual casi nunca queria yo probar, ponían á mi hermana en su carrito con muchos juguetes delante, y yo me sentaba cerca de un hormiguero que miraba melancólicamente, mientras desmigaba pan junto á él.

Pasábamos nuestra vida en una sala del piso bajo de nuestra casa, situada en una de las mas hermosas calles de Zaragoza: recuerdo que en una maceta de barro encarnado colocada en el antepecho de una reja se alzaba una soberbia tomatera, ostentando tres tomates encarnados como la grana.

Un conejo muy grande corria entre nosotros mirándonos con ojos vivaces y comiendo sin cesar pan, bollos y todo cuanto daban á mi hermanita para que entretuviese sus menudos dientecillos, y él podia arrebatarla.

Una noche que me habia adormecido en los brazos de mi padre, oí gritos inarticulados: el eco infantil de aquellos quejidos me hizo alzar la cabeza: habia reconocido la voz de mi hermana.

Mi padre me puso en el suelo y se lanzó á la estancia donde dormíamos mi hermana y yo.

Yo corrí tras él, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos no se borrará jamás de mi memoria.

Mi madre tenia en sus brazos á María Josefa, que daba gritos penetrantes: á su lado un médico la contemplaba inmóvil.

Las criadas corrian azoradas: y hasta el conejo gris que se habia parado en medio de la habitación miraba atentamente aquel doloroso cuadro.

—No hay esperanza? preguntó mi padre al médico.

—Quizá sí; contestó el doctor con un aire

tan triste que desmentía sus palabras.

—¿A qué engañarme? exclamó amargamente mi padre: mi hija se muere!

El médico guardó silencio.

Un instante despues callaron los quejidos: mi madre se inclinó sobre el cuerpo de la niña, que palidecía por segundos.

De súbito dió un agudo grito: el médico tomó el cuerpo de mi hermana en sus brazos, y mientras le colocaba en su cuna cayó mi madre desplomada en el suelo sin color y sin voz.

Las criadas me sacaron del cuarto.

—Duerme la niña? las pregunté.

—Se ha muerto, contestó impasible una de ellas.

Yo callé sin comprender nada y me dejé acostar; pero al día siguiente, al despertar, llamé á mi hermana, que no me respondió: me vistieron y recorrí en su busca toda la casa: fuí al carrito y le hallé vacío: solo el conejo gris estaba tristemente sentado debajo de él.

Entré al cuarto de mi madre, que estaba en cama, y la pregunté por la niña.

—Está en el cielo, hija mia; me contestó mi madre incorporándose en su lecho y derramando un torrente de lágrimas.

II.

La escena que acabo de referir ocupa en mi memoria el lugar de un sueño vago y penoso; pero no obstante he querido consignarla en este libro, porque en medio de las sombras de mi mente se destaca la figura de ángel de mi hermana.

Registrando mi memoria de nuevo veo aparecer en seguida la noble y severa figura de mi abuela paterna; diríase que esta ocupa en mis recuerdos el lugar que dejó la desaparición de María Josefa.

Mi abuela era una señora de cincuenta años, de elevada estatura, formas gallardas aun, y digno continente: su tez bastante morena hacía un hermoso contraste con sus cabellos negros y brillantes y sus grandes ojos oscuros guarnecidos de negra seda: su noble frente estaba cortada con suavidad por los tendidos arcos de sus cejas negras y sedosas; su nariz aguileña, su boca apacible acababan de dar á aquella bella fisonomía una expresión digna y acariciadora á la par.

Amaba á mi madre como si fuera su hija; á mi padre sobre todo extremo, y á mí, si cabe, mas que á los dos.

Mi abuela había quedado viuda siendo joven aun: su esposo, primer médico de cámara del rey don Fernando VII la había dejado cuatro hijos, de los cuales era el tercero mi

padre y el mas amado de ella, pues este nunca había querido separarse de su lado, renunciando por el placer de acompañarla, á todas las ventajas con que le brindara la suerte.

Mi abuela vivía en una pequeña pero muy linda casita: tenía tres criadas. María, muchacha de veinte abriles, gruesa, alegre y bonachona: Cayetana, estirada doncella, encargada de vestirla y peinara; y la tía Antonia, anciana pequeña, flaca y que no hacía otra cosa que comer, dormir, cuidarse mucho y regañar con todos, en general y particularmente conmigo.

Mi abuela iba siempre á oír misa de nueve á la iglesia de San Miguel que estaba situada frente á la casa de mis padres: á la salida llamaba á la puerta de un modo convenido y mi padre bajaba para darla el brazo y ayudarla á subir.

Sentábanse en seguida á la mesa y se desayunaban juntos mi abuela y mis padres, mientras una doncella me vestía.

Cuando concluían el desayuno ya estaba yo con ellos, silenciosa como de costumbre é indiferente á cuanto pasaba en derredor mio.

—Vamos, decía mi padre: vamos, hija mia, bebe esta leche, que te vas con abuelita.

Yo retiraba el vaso sin contestar.

—No la quieres?

—No; respondía yo lacónicamente.

—¿Quieres huevos?

—No.

—¿Quieres un pastel?

—No.

—Pues qué vas á comer?

—Nada.

—Ven, amor mio, que yo te daré una cosa que te gusta mucho; decía mi abuela tomándose de la mano.

—Pero, mamá, exclamaba mi madre; ¿cómo va á salir de casa esta niña sin tomar nada?

—Y qué le haremos, hija mia? No ves que no quiere tomar nada? Yo veré si puedo conseguir que coma algo.

Y mi buena abuelita me llevaba consigo sin que yo manifestase ni sentimiento ni placer.

Al llegar á su casa se desnudaba de su traje de mañana, que era de lana en invierno y de seda en verano, y Cayetana la ponía en todo tiempo un elegante traje de gró negro, gris ó verde-oscuro: peinaba sus cabellos con sumo esmero y los adornaba con una cofia blanca de encajes.

Luego que mi abuela quedaba instalada en su butaca, su camarera empezaba mi tocador: cada día estrenaba yo un traje nuevo de tanto gusto y riqueza que era la admiración de cuantos me veían.

Después de vestida me sentaban á una mesa que cubrían de abundantes manjares: complaciase mi abuela en ponerme ante la vista cuanto de raro y delicado pudiera apetecerme; pero yo no miraba siquiera á lo que tenía delante, y solía tragar á la fuerza y llorando algunas migajas de bizcocho, que mi buena y cariñosa abuela iba poniéndome en la boca.

El bizcocho era lo que menos me agradaba; pero de verme en la precisión de comer, tanto me importaba que fuese esto ú otra cosa, y no quería hablar ni aun para manifestar la aversión que tenía á aquella pasta.

Esta estrema inapetencia, esta melancolía pasiva y silenciosa, se aumentaban cada día: mi comprensión era rápida; mi imaginación vivaz y exaltada; pero mi corazón estaba entumido y mi cuerpo era endeble y enfermizo, y estaba sugeto á peligrosos accidentes, que los médicos llamaban *alferecía*, pero que á mi modo de ver, no eran otra cosa que terribles convulsiones nerviosas.

Ordenáronme, por fin, largos paseos por el campo; y habiendo advertido mi familia que la estancia en las iglesias parecía complacerme mucho, resolvieron distraerme por estos dos medios.

Empecé á salir en carruaje pocos días después de tenerme mi abuela en su compañía: al llegar al campo nos apeábamos; y yo, que apenas podía andar, me sentaba al instante, buscando siempre para hacerlo, el sitio donde había algun hormiguero.

Las hormigas han tenido siempre para mí un encanto indefinible: imaginábamelas yo y las creo todavía unas criaturas limpias, hacendosas y metódicas: el afán con que apresaban entre sus corvas y pequeñas garras las migas de pan que las echaba en el suelo, hacia daño á mi corazón, porque ese afán significaba hambre para mí.

Sentada junto á una de esas pequeñas cavernas pasaba yo todo el tiempo que mi abuelita quería dejarme: luego subíamos de nuevo al coche, que volvía á parar á la puerta del hermoso templo metropolitano del Salvador.

Esta catedral es hermosa sobre toda ponderación: sus luces altas y veladas, la dan un aspecto de solemne magestad que no he encontrado en ningún templo católico: sus bóvedas pintadas al fresco están sostenidas por delgadas columnas de mármol y jaspes.

La fé cristiana ha enriquecido prodigiosamente este magestuoso templo, que es en el día uno de los mas suntuosos del mundo: sus capillas sombrías encierran tesoros en esculturas, retablos y joyas: su altar mayor deslumbra de pedrería, y en cada una de sus pilastras

ó de sus imágenes se estasia el alma durante horas enteras.

La mia se engrandecía allí; dormíanse mis dolores físicos; mi corazón, que no cabía en el reducido recinto de mi pecho, se ensanchaba en la grandiosa catedral, reventando lágrimas que acudían á mis ojos.

Allí comencé yo á rezar con ese idioma que ni se enseña ni se aprende: allí mi pobre alma hallaba alimento, auras y placer; y si bien no se disipó mi silenciosa melancolía, se hizo mas expansivo mi carácter y encontró acentos mi boca que esplicasen lo que sentía mi alma.

Ay! esa enfermedad del espíritu, esa sed del corazón que halla pequeño cuanto hay en este mundo, solo Dios puede curarla y satisfacerla: los hombres no tienen tanta ciencia!....

III.

Una tarde que, cerca del anochecer salíamos mi abuelita y yo de la iglesia, vimos acurucada en la puerta exterior á una niña como de diez años que lloraba.

Era invierno y hacia un frío muy intenso: nosotras íbamos envueltas en pieles y temblábamos á impulsos del viento helado que zumbaba en las angostas calles.

—¿Qué tienes, niña? la preguntó mi abuelita mientras yo, llena de enternecimiento, pero comprimida y silenciosa me había detenido á mirarla.

—Frio! contestó ella dando diente con diente.

—Y hambre, quizá! murmuró mi abuela á media voz: luego, alzándola y dirigiéndose á la infeliz mendiga, añadió:

—Acércate.

La pobrecilla obedeció.

—Tienes padres? prosiguió la compasiva señora.

—Madre nada mas, contestó aquella.

—Y hermanos?

—Nueve, mas chicos que yo.

—¡Oh, Dios mio! exclamó mi buena mamá juntando sus manos.

—¿Donde vives? tornó á preguntar á la muchacha.

—En Villamayor.

—¿Cómo! A mas de una legua de aquí?

—Si, señora.

—¿Pero cómo has de volver á tu casa esta noche?

—Yo no quiero volver, contestó la muchacha con una especie de fiereza que hizo secar instantáneamente sus lágrimas.

—Que no quieres volver!... repitió mi abuelita muy admirada.

JUNIO.

—No, señora: me escapé ayer porque tenía mucha hambre y porque mi madre me mataba á golpes.

Yo abrí los ojos con asombro.

—Hay personas, pensé, que golpean á los niños!

Y volví á contemplar á la pobre mendiga.

Mi abuela habia quedado tambien muy pensativa.

—¿Quiéres venir conmigo? preguntó á la niña que habia vuelto á acurrucarse.

—No, contestó ella: solo quiero pedir limosna y estar libre.

—¿Pero dónde vas á pasar la noche?

—Toma! repuso la infeliz con una estupidez que tenía mucho de brutal y amarga: la pasaré en un portal!

—Pero si todos los portales se cierran á cierta hora, niña!

—Me dormiré en la calle.

—Y los serenos te llevarán á la cárcel.

—A la cárcel! gritó ella con voz aguda, pero en la cual se conocia un terror profundo. A la cárcel!.. ¡oh!.. allí murió mi padre, que me queria tanto!

—Vamos, dijo mi buena mamá: mira, pobrecita, vente conmigo y dormirás en mi casa.

—No, no señora.

—Ven, sube al coche.

—Yo en ese cajon? exclamó la mendiga queriendo huir.

—Vamos, ven, óyeme: no subas al coche si no quieres, pero sígueme á pié; yo haré que vaya despacito para que no te quedes atrás; dormirás en el patio de mi casa y te daré de cenar: ¿te acomoda?

—Y mañana me iré cuando quiera?

—Por supuesto.

—Entonces voy de buena gana.

—Vamos, pues.

Mi abuelita subió al coche: me tomó de los brazos del lacayo y encargó á este dijese al cochero que fuese muy despacio.

La mendiga llegó al mismo tiempo que nosotros: mi abuelita hizo que se acercase al reverbero que alumbraba el patio, y pudimos ver que era muy bella; pero sus cabellos enmarañados, su espantosa desnudez, pues no llevaba mas que un pedazo de basquiña, la miseria, y una especie de fiereza amarga que tenía impresa en su fisonomía, la hacian antipática.

—¿Cómo te llamas? preguntó mi abuela mientras yo la miraba absorta.

—Calra, contestó secamente.

—¿Cómo? tornó á preguntar la buena señora, que nunca habia oído semejante nombre.

—Me llamo Calra, repitió ella.

—Se llamará *Carlota*, señora; solo que por

abreviar el nombre la llamará su madre Calra.

Y el cochero, que fué el que nos dió este rayo de luz, preguntó á la mendiga.

—¿Es verdad lo que digo, chica?

—Sí, señor; contestó.

—Pues bien, Carlota; porque mis lábios se rebelan contra la reforma de tu nombre; pues bien, estate aquí que ahora te enviaré cama y cena.

Mi abuelita, al decir esto, me tomó de la mano y ambas subimos la escalera.

Un instante despues bajó nuestra cocinera María con dos mantas y un gergon; con lo cual arregló la cama de la pobre Carlota; luego volvió á subir, la hizo una cazuela de sopa caliente, asó un pedazo de carne magra, tomó un pan y se lo bajó todo, siguiéndola yo á escondidas de mi buena mamá, que ya estaba rezando.

Carlota devoró con pasmosa rapidez su abundante cena.

—Vaya, buena alhaja, duérmete ahora, dijo María arropándola con las mantas.

—No reza chacha? pregunté yo á María.

—Rezar! angelito mio! si no sabrá rezar! dijo la jóven tomándome en brazos y volviendo á subir la escalera.

Aquellas palabras, *no sabrá rezar*, me impresionaron dolorosamente.

Poco tardó en venir mi padre á buscarnos á mi abuelita y á mí: salimos todos, y despues de dejar á mi abuela en su tertulia volvimos á casa, donde mi madre me esperaba para acostarme.

Aunque yo pasaba la vida con mi abuela dormia en casa de mis padres, porque estos querian que conservase el santo amor de la familia.

Mi padre iba á las once en punto á buscar á mi abuela: la acompañaba á su casa, la veia cenar y luego se retiraba tranquilo: durante diez años cumplió con admirable escrupulosidad sus deberes de hijo.

Aquella noche cuando se fué, aun estaba yo despierta y le llamé desde mi lecho.

—¿Qué quieres, hija mia? me preguntó.

—Quiero que le digas á abuelita que mañana venga temprano á buscarme para ver pronto á Carlota.

Mi padre me abrazó y salió gozoso.

Era la primera vez que yo formulaba un deseo.

IV.

Al dia siguiente desperté temprano; pedí con instancia que me vistieran y esperé impaciente la llegada de mi abuelita.

Vino por fin, y mientras almorzábamos, contó á mis padres el encuentro de Carlota.

—La he dejado, añadió, levantada ya; pero cuando vuelva á casa, creo que no la encontraré.

Dicho esto me tomó de la mano y salimos de la casa de mis padres.

Por el camino solo pensaba yo en que iba á volver á ver á aquella criatura que era á mis ojos un ser bastante raro.

En efecto, yo no sabia que hubiera en el mundo niños pobres ni feos: mi corta edad, que no llegaba á cuatro años y medio, me habia impedido fijar en ellos la atencion, cuando por acaso los encontraba en las calles.

Pero á Carlota la habia visto de muy cerca: la habia hablado, y su extraño lenguaje habia conmovido fuertemente mi corazon: compadecia en ella á la pobreza, y me sentia aflijida al recordar el insólito afan con que habia devorado en un instante la miserable cena, que yo me hubiera desdenado hasta de mirar.

No era, sin embargo, ni su lenguaje tosco y amargo, ni su espantosa desnudez, ni su hambre lo que mas fuertemente me habia impresionado: lo que yo recordaba sin cesar con profundo terror eran las palabras de María: *No sabe rezar!*

¡Era yo tan dichosa rezando! ¡Me hacia tanto bien la vista de un templo, que no comprendia como se podia vivir sin altares ni oraciones!

Llegamos por fin á casa de mi abuela, y llamamos á Carlota sentada en la puerta de la calle.

—Qué haces aquí? la preguntó mi abuela.

—Estarme: contestó con su rudeza habitual.

—Has almorzado?

—No, señora.

—Sube pues.

—¿Pero me dejarán volver á la calle cuando quiera?

—Sí, cuando te plazca.

Entonces Carlota nos siguió, y al llegar á la puerta de la habitacion, mi abuela llamó á María:

—Da á esta niña, la dijo, alguna ropa para que se vista y dala tambien de almorzar.

—Qué! ya te quieres estar aquí, vagabunda? exclamó la muchacha; y luego añadió:

—¿Creerá la señora que no ha habido fuerzas humanas que la hicieran desistir de bajar á la calle?

Carlota nada respondió: marchóse con María y poco despues volvió vestida con un traje de indiana viejo y ancho para su cuerpo, pero que dejaba adivinar las buenas proporciones de este.

Carlota era una muchacha de estatura elevada y robusta: su tez morena era basta y es-

taba curtida por el sol y la intemperie: sus ojos garzos tenian un reflejo verdoso, muy agradable si no hubiera sido tan huraña la expresion de su mirada: sus cabellos crespos y rizosos no habian crecido por falta de aseo y tenian un color rubio oscuro, muy parecido al rojo: era su nariz pequeña y su boca fresca y agradable.

—Estás contenta? la preguntó mi abuela.

Carlota se encogió brutalmente de hombros y luego dijo:

—Me voy.

—A dónde?

—Toma! á la calle!

—Vete, dijo mi abuela tras de algunos instantes de meditacion; pero si sientes frio ó hambre vuelve, y sobre todo, no dejes de venir aquí á dormir.

La mendiga salió y una lágrima asomó á mis ojos.

—Ella volverá, hija mia; me dijo mi abuelita: sí, repitió, ella volverá.

Y así sucedió: apenas habian trascurrido cuatro horas, cuando apareció renegando la tia Antonia y diciendo que ya habia vuelto la mendiga.

—Sea bien venida, dijo mi abuelita; y luego volviéndose á mí, añadió:

—Anda, hija mia, y dila que entre.

Yo salí; tomé de la mano á Carlota y entramos: yo ufana, ella ruborosa y confundida.

—Qué sabes hacer? la preguntó mi abuela.

—Nada mas que guardar cabras.

—Quieres mucho á tu madre?

—Yo no quiero á nadie mas que á V. que me dió anoche cama y cena, y hoy me ha dado de almorzar y abrigo contra el frio.

—Y tu madre no te proporcionaba todo eso?

—No: mi madre me hacia pasar todo el dia en el campo, nevase ó lloviese, y luego me pegaba al volver á casa porque no queria tener en los brazos á mi hermano pequeño.

—Sabes rezar?

—No, señora: jamás he visto mas que de lejos al señor cura de Villamayor: nunca he entrado en la iglesia: desde el alba salia con nuestras siete cabras y volvia ya de noche: comia un pedazo de pan negro y me acostaba en un monton de paja.

—Pobrecita! murmuró mi abuela con acento de profunda lástima.

Y tu madre qué hacia? tornó á preguntar con esa especie de curiosidad dolorosa que nos inspiran los seres escesivamente desgraciados.

—Se iba á vender leche á la ciudad vecina al amanecer, y así que volvia se marchaba al monte á cortar leña que vendia por la tarde.

—Y quién cuidaba de tus hermanitos?

—Nadie; contestó Carlota retratando en sus duras facciones un angustioso dolor: los pobrecillos permanecían todo el día en la cabaña; vestidos, los que acertaban á cubrirse con algo, y desnudos los demás: dejábales yo un cazuelo de leche de las cabras para los mas chiquitos, y con eso pasaban hasta la noche que, al volver mi madre, hacia unas sopas.

Calló la infeliz niña, y una gruesa lágrima brilló en sus grandes ojos, poco antes tan hueraños: mi buena mamá enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y tiró del cordón de la campanilla.

—Cayetana, dijo á su camarera que se presentó al instante: ve ahora mismo y manda hacer á mi costurera un traje entero para Carlota: ha de constar de un vestido de tela de lana que la abrigue; de un pañolón de lana tambien, de ropa blanca decente y de un gorrito de muselina que tú te encargarás de hacer: no olvides que el calzado sea fuerte y de abrigo: toma dinero y procura que mañana al volver yo de casa de mis hijos, esté vestida esta niña.

Al decir esto entregó un bolsillo á Cayetana que se inclinó en silencio y salió de la estancia con Carlota.

V.

Al siguiente día salió Carlota á abrirnos la puerta cuando llegábamos mi abuelita y yo de casa de mis padres: estaba muy bonita y su fisonomía se habia un tanto trasformado.

Un vestido de lanilla color de pasa hacía su estatura mas elevada y gallarda: un pañuelo, no tan grande que la embarazase, pero sí lo bastante para abrirla, cubria su pecho y espalda, realzando los fuertes colores de aquel el brillo de sus ojos y el carmin de su boca: tenia los cabellos cortados casi á raíz y los llevaba cubiertos con un gorrito blanco de graciosa hechura, anudado dedajo de su barbilla con un gran lazo que formaban dos grandes bandas de batista.

—No he podido desenredarla el pelo, señora; dijo Cayetana, que salió muy ufana á presentarnos su obra: le tenia tan mugriento que parecia una plasta; así pues, tomé el partido de cortárselo y luego la lavé bien la cabeza con jabon y agua: afortunadamente Carlota es dócil como una cordera; y aunque al principio se resistió la dije, que lo queria la señora, y quedó tan callada.

—Es una buena niña, dijo mi abuelita atrayéndola hácia sí y besándola sin repugnancia.

Al contacto de aquel beso palideció la po-

bre niña y luego abundantes lágrimas cayeron de sus ojos.

—¡Pobrecilla! dijo Cayetana: es horrible lo que nos ha estado contando: nunca la han hecho una caricia y solo ha tenido hambre y castigos: pero añadió, mire V.S. la ropa blanca que la he comprado: sus medias y sus botitas es lo que mas la embaraza, segun dice... ¡ya se ve! siempre anduvo descalza la infeliz.

Mi abuela alzó el vestido de Carlota y descubrió un refajo, blanco como la nieve, y dos enaguas de tela ordinaria, pero limpia y de consistencia: sus medias de algodón parecían haber sido hechas á la medida de su pierna.

Unos botitos de piel fuerte abrochados con trencillas de seda, encerraban su pies corvos y pequeños.

La noble señora siguió su exámen de la persona y el equipage de Carlota: desprendió su pañolón y se lo quitó, apareciendo el lindo y desarrollado talle de su protegida, perfectamente abrigado con su bien cortado vestido: desabrochó sus corchetes, separó el ajustador de lienzo y la camisa y miró su pecho, su garganta y su espalda, volviendo á vestirla cuidadosamente.

—¡Gracias á Dios, está sana y robusta! dijo con un suspiro de placer: buenos cuidados pasó hasta saberlo.

—Sana y muy limpia, añadió Cayetana; tres baños la dí á pesar del frio.

—Vé y disponla una cama en el cuartito que está junto al tuyo, Cayetana; dijo mi abuela; tu, Carlota, continuó, quédate aquí al lado de mi hija que te va á enseñar á rezar el *Ave-María*.

Carlota obedeció y ambas nos sentamos en la alfombra á los pies de mi abuela, diciendo yo con voz balbuciente la oracion del ángel y repitiendo ella mis palabras con dulce tranquilidad.

Después de comer subió con nosotras al carruaje y entró en la catedral, recorriendo conmigo, mientras mi madre rezaba, las suntuosas bóvedas del templo.

Cuando volvimos al lado de mi abuela, su semblante estaba completamente cambiado: su huraña rudeza habia desaparecido: sin que nadie se lo dijese, se arrodilló junto á ella y rezó con tiernísimo acento y levantada voz el *Ave-María*.

Todos los fieles, que habia en la iglesia, contestaron, segun costumbre á aquella oracion dicha en voz alta, creyéndola votiva ó penitencial.

Carlota escuchó aquel santo murmullo con los ojos clavados en una imagen de la Virgen, y fué menester que mi abuela la tocara tres

veces en el hombro para que nos siguiese á buscar el carruaje.

La niña que salía del templo no era la misma que habia entrado en él: la religion y la beneficencia habian estinguido cuanto de rudo é inculto habia en su puro y generoso ser.

VI.

Una noche, al volver á la casa de mis padres, hallé en ella á un nuevo hermano: se me dijo, segun la piadosa costumbre de todos los padres que saben educar á su familia, que aquel niño tan lindo y pequeño habia venido del cielo.

Al dia siguiente se reunió en mi casa mucha gente, y mi abuelita subió despues á un coche con algunos amigos y una sirvienta, que llevaba á mi hermano en los brazos; trajéronle á poco con el nombre de Pedro, que era el de nuestro padre, y mi abuela despues de llenarle de besos, le colocó en el seno de mi madre.

Carlota pasaba conmigo los dias, desde hacia dos meses que estaba en casa de mi abuelita: ocho dias despues de aquel en que la encontramos la hizo esta asistir á un colegio; pero aunque comia y dormia en casa, mi habitual melancolía creció tanto al hallarme sola de nuevo la mayor parte del dia, que mi abuelita decidió enviarme con Carlota al colegio.

Entonces se trasformó mi ser: enseñáronme la música ante todo, porque aunque apenas sabia hablar, ya sabia yo leer: mi edad no llegaba á cinco años.

La compañía de Carlota me hizo comunicativa y desarrolló en mí los primeros síntomas de esa expansion de genio, de esa sinceridad de palabras, que luego han sido los rasgos distintivos de mi carácter: mi tierna naturaleza se animó con un vigor extraño: crecí mucho en pocos meses; y la amistad y la música regeneraron mi existencia.

Una mañana, al volver del colegio, encontramos á mi abuelita leyendo una carta y con el semblante inmutado: no bien nos habiamos quitado nuestros abrigos, entró mi madre y reparó en la fisonomía alterada de la buena señora.

—Oye, hija mía, dijo haciéndola sentar á su lado y mostrándola la carta abierta: oye lo que me escribe el cura de Villamayor acerca de la pobre Carlota.

Y leyó lo siguiente:

„Muy señora mia: la persona por quien V. se digna preguntarme, es una mujer de mala vida, que se embriaga de continuo y que tiene á sus hijos en el mayor abandono: puesto que el Dios de misericordia ha conducido á la po-

bre Carlota bajo el benéfico amparo de V., yo la ruego que no la abandone ni la deje un instante de su vista, pues es muy posible que su indigna madre se la arrebate.

„Esta perversa mujer ha recorrido ya buscándola todos los pueblecillos de las cercanías: hace dos dias, salió para la ciudad, resuelta á no cesar en sus pesquisas hasta no encontrarla, á fin de sumergirla de nuevo en el caos de perdicion, de donde la generosa mano de V. la ha sacado.

„Soy, señora, su mas atento etc..”

—¿Y qué vamos á hacer, mamá? preguntó mi madre: esa mujer puede reclamar á su hija y llevársela si tal es su voluntad.

—Sígueme, hija mia; dijo mi abuela haciendo seña á mi madre de que la acompañase á su gabinete.

Poco rato despues salieron de él; mi madre me tomó en sus brazos, me llenó de besos, abrazó despues á Carlota y se fué despidiéndose de nosotras hasta las cuatro de la tarde.

—Carlota, dijo mi abuela dirigiéndose á la pobre niña, que desde que habia oido nombrar á su madre temblaba como la hoja en el árbol; Carlota ¿quieres volver con tu madre?

—No, no señora! gritó la pobre niña, ocultando entre sus manos su rostro trastornado por el terror.

—Pues para evitarlo tienes que vivir adonde yo te lleve.

—En todas partes, menos con mi madre.

Mi abuela nos dejó solas y yo con mis inocentes juegos logré calmar la aficcion de Carlota.

A las cuatro de la tarde vino mi madre, y mi abuela ordenó á Carlota que me abrazara. Despues salieron las tres de casa.

La pobre niña fué depositada en el convento de señoras Canonisas del Santo Sepulcro, del cual era Prelada una hermana de mi abuela.

Allí debia permanecer hasta que la luz de su razon le aconsejase volver con su madre ó tomar el velo.

VII.

Cuatro años pasaron en los cuales perdí á mi abuelo materno, á mi buena abuelita, á mi hermano Pedro, y á mi tio que me amaba en extremo.

La muerte de mi abuela tiene destinada la página siguiente de mi álbum; pues la desgracia mas grande de mi vida no puede ser tratada ligeramente por mí.

Así pues, acabaré en esta la historia de la pobre Carlota.

El día mismo en que se cumplía el plazo arriba dicho: recibió mi madre una carta del convento de Canoneras, que decía así:

«Señora: seguramente no habrá olvidado V., aun en medio de sus desgracias, á la infeliz Carlota: ella dirige á V. hoy su voz desde el santo asilo que la abrió una mano bienhechora para rogar á V. que la ayude á cumplir con el primero de sus deberes.

«Hoy es el día en que debo elegir, entre cubrir para siempre mi frente con el velo de las esposas del Señor, ó reunirme con mi madre; y, por mas que mi vocacion me incline á lo primero, mi conciencia me grita que debo hacer lo segundo.

«Yo ruego á V. señora, en nombre de mi bienhechora que está en el cielo, que tenga la bondad de venir mañana á buscarme para conducirme á la cabaña de mi madre: el culpable odio que abrigué contra ella cuando las bondades de la santa madre de V. me sacaron del abismo de miseria en que vivía, ha desaparecido á medida que se ha ido ilustrando mi razon: hoy comprendo que el primero de los deberes de una hija es ayudar y amparar á su madre por culpable que esta sea.

«Si tal resolucion me ha costado combates, Dios lo sabe; pero la sonrisa de la madre de V. me recompensa cada noche entre mis sueños.

«Queda, señora, esperando la última prueba de la bondad de V. su amante y reconocida

CARLOTA."

—Oh! Dios mio! Esta pobre criatura va á ser víctima de su virtud! exclamó llorando mi madre.

—Dios la guardará en el cielo la corona del martirio, repuso mi padre: créeme; la harás un beneficio mayor ayudándola á cumplir su deber que separándose de él.

En efecto, al día siguiente á las ocho de la mañana, mis padres fueron al convento del Santo Sepulcro, y sacaron de aquel santo asilo á Carlota, que quiso verme antes de partir á su cabaña.

Su hermosura angélica y suave me sorprendió profundamente: era ya tan alta como mi madre; y sus hermosos cabellos caian en gruesas trenzas sobre su espalda: llevaba un vestido negro de lana y una pañoleta blanca.

Me abrazó repetidas veces sollozando y puso en mi falda muchos y preciosos acericos bordados por ella para mí; algunos lindos dibujos y una caja llena de camisas y gorritas primorosamente cosidas que me dedicaba y que eran el fruto de todas sus tareas.

La amistad habia crecido pura y fragante á la sombra del claustro.

Al abrazarme por la última vez se desmayó, y la llevaron, privada de sentido, al carruaje que debía ocupar con mis padres.

A las ocho de la noche regresaron estos de Villamayor: mi madre tenia los ojos hinchados de llorar; mi padre estaba muy abatido.

VIII.

Tres meses despues volvió mi padre una noche de caza: mi madre habia estado esperando su llegada con afan y no bien oyó sus pasos en la calle, bajó á recibirle.

—Y Carlota? le preguntó ansiosamente.

—Ya descansa, contestó mi padre con profundo y resignado dolor.

Ambos se encerraron en el aposento de mi madre y sin duda velaron toda la noche, porque no se apagó la lámpara que iluminaba la estancia.

Pasado algun tiempo pregunté á mis padres acerca de lo que habia oido aquella noche y voy á repetiros lo que mi madre me refirió entre sollozos.

—Tú sabes, hija mia, que tu papá y yo acompañamos á Carlota á la cabaña de su madre: tan solo poco antes de llegar recobró el uso de sus sentidos esa niña infeliz; y entonces las reflexiones que ambos la hicimos consiguieron dar á su espíritu alguna tranquilidad.

Entramos por fin en la cabaña: cuatro ó cinco niños pequeños estaban á la puerta casi desnudos; y su madre, embriagada, roncaba profundamente en medio de la estancia.

Estremeciése Carlota y perdió el color; pero abrazó tiernamente á sus hermanos: los dos mayores la reconocieron y empezaron á mover á su madre gritando:

—¡Madre! madre! que ha vuelto Calra!

Aquella mujer abrió estúpidamente los ojos, y levantó la cabeza, dejándola caer en seguida: entonces nos marchamos nosotros porque teniamos precision de volver á casa; pero dimos á la pobre Carlota una crecida suma de dinero para que aplacara á su madre cuando recobrase sus sentidos.

Tu papá ha ido á Villamayor todas las semanas y me ha dicho que Carlota era un modelo de laboriosidad y dulzura y que trabajaba sin cesar ganando bastante dinero, que servia para mantener los vicios de su madre.

Pero el cuerpo de esta niña era menos fuerte que su magnánimo corazon: apoderóse de ella una fiebre ardiente y ha muerto de melancolía y víctima de su deber en los brazos de tu padre y del señor cura de Villamayor.

—¡Pobre Carlota! exclamé yo llorando.

—No la compadezcas, hija mia; observó mi madre: su virtud la ha librado de remordimientos, y la ha conquistado una corona en el cielo al lado de nuestra santa madre: rézala como al ángel de tu guarda.

Desde entonces he visto en sueños muchas veces á Carlota, vestida de blanco y llevando en su frente una corona de gloria.

FIN DE LA PÁGINA PRIMERA.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del punto de Inglaterra ó punto inglés.

23. Los *puntos*, sin embargo de que se dé este nombre á los encajes propiamente dichos, tienen dos caracteres que les diferencian de los encajes. El primero es, el hacerse con aguja, en vez de ser con bolillos; y el segundo, no se ejecutan las flores al mismo tiempo, sino que se acomodan y bordan sobre el mismo tejido. Por esto el fondo, ó sea tejido unido, se llama el *campo*, y en él se colocan las flores. El punto de Inglaterra, del cual nos da una representación abultada la fig. 59, f.º 322 se comienza echando de derecha á izquierda del dibujo un hilo muy delicado, al cual se vuelve, tirando otros hilos sobre los puntos, cuyos ángulos se encuentren sobre esta línea de derecha á izquierda. El punto inglés, de que vamos hablando, tiene de particular que cada punto vá acompañado de otro mas pequeño, que se forma cruzando á lo largo nuevos hilos sobre los hilos tirados al bies ó diagonalmente. De este modo se hace la longitud respectiva de los ángulos de cada lado del dibujo, y se vuelve á cojer del mismo modo.

24. Las flores se hacen formando unos *alfileritos*. (Véase mas abajo en los puntos de encaje, *alfileres de punto*) y acomodando á estos una telita bastante tupida, apretando y alternando los hilos, ya con *puntos de ojo de perdiz* (véase esta especie de puntos), ya con otras combinaciones que indicará el dibujo; y tambien se fijan estas flores sobre el tejido por medio de un ligero punto de cordoncillo ó de ojal análogo al bordado del punto de Alanzon.

Del punto de Malinas bordado.

25. La aguja sujeta seis hilos en cada pun-

to de estos, poco mas ó menos que en el punto inglés, y tambien se fijan las flores encima, como se dijo poco antes para dicho punto inglés. No me es á la verdad posible, dar descripciones ciertas acerca de este *punto de Malinas*, y por lo mismo no puedo estenderme mas. Sin embargo, lo que hace menos sensible esta mi omision forzada, es que por muy circunstancias y metódicas que fuesen mis esplicaciones sobre estos *puntos* extranjeros, poca ó ninguna utilidad les resultaria á mis jóvenes lectoras, porque son tan difíciles y complicados que una sola persona no puede saber hacer el campo y las flores, ó á lo menos no sabrá mas que el dibujo de un solo encaje de estos, segun me ha informado una de las mas hábiles y prácticas en hacer *encajes de Flandes*. De aquí podrá deducirse si una simple descripción bastaria para aprenderle.

Del encaje de Auvernia y del Puy.

26. Este punto viene á ser el de Bruselas, pero mas ordinario. Hácese tambien en *Puy* un encaje pequeño que llaman *agujero*, de media pulgada de ancho, y el agujero, que le dá el nombre solo tendrá unas cuatro líneas. Este agujero que sigue inmediatamente á la *puntilla* se forma con un hilo laso, que se asegura sobre el dibujo á lo largo del *trazo* que le marca, con alfileres colocados en un lazo como en la puntilla, lo cual produce en efecto una puntilla circular en el agujero dicho. En seguida se hacen dos ó tres puntos, y despues los piquitos ó puntilla exterior. Este encaje de agujeros se hace mas comunmente sin puntilla á la parte interior, y sin poner alfileres en las mallas ó puntos que están entre el agujero y la orilla. De este modo se elaboran tambien las delicadas *puntillas* ó encajes muy finos, con que de poco tiempo á esta parte se guarnecen las esclavinas y pañoletas. Hácese el borde con picos con su puntilla y con hilos cruzados lo mismo que para la muselina, se cambia y se prende un alfiler solamente despues del pico, que se vuelve á comenzar en seguida, repitiendo la misma operacion. Los hilos forman una presilla floja entre cada pico, y cualquiera que sea la forma de estos picos, se imitan con facilidad teniendo á la vista un dibujo ó un pedazo de encaje igual.

De la puntilla.

27. Ya queda indicado que se añade muchas veces una puntilla de encaje á la orilla de los tules bordados á fin de que le imiten mejor. Esta puntilla, pues, es sumamente fácil para la

que ya sabe hacer un poco de encaje, puesto que se compone de la *corona* y del *pié* del encaje sin puntos intermedios. En el borde ú orilla de esta labor de que hablamos, no se usa hilo laso, de suerte que la puntilla suele empezar inmediatamente despues de un punto y á veces á medio punto de la orilla; aunque hay encajes en los cuales se echa la puntilla en seguida á las mallas ó puntos (1).

De las blondas.

28. Ya dijimos que las blondas se trabajan en seda blanca ó negra, segun el punto de encaje que se adopta para hacerlas. Los que comunmente se prefieren son: el punto de Bruselas ó el de *agujeritos* cuadrados de Alanzon, hecho con bolillos. La moda ha determinado que las blondas siempre lleven picos, y que estos se llenen con una hoja *cuajada*; bien que unas veces es *cuajada* dicha hoja, y otras la mitad *cuajada* y la mitad *calada*. Tambien suelen coronarla por la parte de arriba con ojettitos, que se hacen con corta diferencia como el agujero, puesto que en lo interior van guarnecidos con *puntilla*, moda que tambien se adapta á muchos *tules* de hilo.

De los tules.

29. Divídense los tules en *tul de picos*, y tul llamado *de entredos*, y casi todos se hacen á punto de Bruselas, aunque otros son con ojettitos.

Los *entredos* tienen ordinariamente grandes dibujos en guirnalda, pero los de pico llevan

(1) Esta *puntilla* me recuerda otra que se hace con aguja al mismo tiempo que el feston, y que por eso se llama *feston de puntilla*, y se ejecuta del modo siguiente:

Se traza un feston como de ordinario; comiéndose la onda ó pico con solos tres puntos, despues acomodando una cerda larga á la izquierda y por la parte interior del pico del feston, se abraza esta cerda, pasando la aguja por debajo y haciendo un punto de feston á lo largo, cogido en el último punto hecho al ancho, y luego se vuelve á coger este punto en el mismo sentido, esto es, á lo ancho, que es lo comun. Hácense luego otros tres, y se vuelve á comenzar el punto debajo de la cerda y á lo largo como antes, y así sucesivamente. La cerda ó *sentillo* sirve de molde, y debe correr libremente á arbitrio de la que trabaja; luego que se ha sacado, se obtiene una serie de lacitos que forman una puntilla. Esta operacion economiza el tiempo, evitando hacer y coser una puntilla de encaje; pero es necesario festonear con hilo ó algodón muy fino. Dicha puntilla se puede pegar á un feston hecho de antemano, con solo hacer el punto de feston siempre á lo largo, de trecho en trecho.—*Nota del original.*

los mismos dibujos que las blondas, porque los picos nada mudan en cuanto á la *corona*, no habiendo otra cosa que hacer para apretar los hilos de la orilla á la punta del pico.

Ahora nos toca pasar á la parte accesoria del *arte de encaje*.

De los puntos de encaje ó de calado.

30. Estos puntos, como dijimos hablando del bordado, sirven para llenar los huecos dejados al intento en lo interior de las flores. Divídense en dos clases; unos que se hacen sacando los hilos sobre el percal ó muselina, y otros que forman un encaje. Los primeros son los mas fáciles y los mas sólidos, pero son tambien los mas feos: mas fáciles, porque solo hay dos maneras de hacerlos, cuando para los otros son casi innumerables; y por otra parte es mas molesto sacar los hilos que hacer el punto de tul, que prepara el mayor número de los restantes puntos de calado. El modo de hacer los primeros es este:

31. Se comienza por fijar el número de hilos que se quieren sacar, número que será relativo á lo mas ó menos grueso de la tela, y á la mayor ó menor finura que quiera darse al calado, porque del percal es necesario sacar mas hilos que de la muselina, y de esta mas que de la gasa.

Supongamos pues que se quieren sacar cuatro y dejar tres. Se coge la tela bordada por el revés, y en seguida se rompen ligeramente con un alfilerito muy delgado los cuatro hilos mas cercanos al cordoncillo que forma la orilla del pedazo de tela que se vá á trabajar. Estos hilos deben romperse á la izquierda (con respecto á la posicion en que se tiene la tela); porque si se les rompe á derecha, la mano, siguiendo la labor, pasaria sobre los hilos ya sacados y pudiera desbaratarlos. Rómpanse estos hilos de en medio de el pedazo de tela, cuando este es demasiado ancho, y se les saca por derecha é izquierda cerca del cordon, siguiéndolos á ojo desde donde se rompió; mas cuando el pedazo es de mediana, y aun mas si es de pequeña dimension, se rompen los hilos cerca de una de las puntas del cordoncillo, y se sacan por la otra. Sacados los cuatro hilos se dejan tres, y luego se sacan otros cuatro, continuando de este modo hasta el fin del pedazo ó tira. Despues de esto se cortan los hilos ó filachos, que los hilos arrancados han hecho sobre los lados de la tira; y esta operacion se repite despues en otro sentido, resultando entonces una serie de pequeños cuadrillos de calado entre listas de tres hilos dispuestas en cruz (fig. 62, fol. 322).

32. Luego que se haya concluido esta preparacion, se enhebrará una aguja con hilo muy fino, que tambien se llama hilo de encaje. Cótese la hebra muy corta, porque se quiebra con facilidad, y se asegura al ojo de la aguja por medio de un lacito á modo de nudo escurridizo, que se correrá de tiempo en tiempo, á medida que la hebra se acorta: en seguida, teniendo siempre del revés la tela bordada, se asegura la hebra en el cordoncillo, ya por medio de un nudo, ya haciendo repetidas veces un punto de *sujete*, dejando pendiente el cabo de la hebra, que se cortará despues de hecho el calado. Tambien se asegura, y este es mejor método, haciendo despues del primer punto de sujete otro segundo, que se le deja estender en forma de lazo, pasando la aguja por este lazo, que se tira apretándole bien. Atravesando despues los cuadritos de calado al biés, se pasa la aguja á punto de sujete, inclinado bajo la línea de los tres hilos, que parte de la izquierda de la union los de cuadritos (fig. 62). Hácese otro tanto en la línea que parte ó sale á derecha, y lo mismo sucesivamente en todos los restantes cuadritos, con lo cual se tendrán bonitas mallas ó puntos en figura de *losanges* (1). A este calado se le da el nombre de *calado inglés*.

(Se continuará.)

LOS DESENGAÑOS.

I.

—Juan, ya te he dicho que el tiempo malgastas en predicarme.
—Pedro, antes de hacer las cosas mira bien como las haces.
Te figuras que los hombres y las mujeres son ángeles, y tales figuraciones son siempre perjudiciales.
Vive siempre en la creencia de que intentan engañarte lo menos noventa y nueve de los cien á quienes trates, y este es el medio seguro de que ninguno te engañe.
—Mira, Juan, te puedes ir con tus consejos al diantre.
—Ya vendrán los desengaños; pero vendrán ya muy tarde y los llorarás á ríos....

(1) Losanges son unas figuras cuadradas, ó de cuatro lados iguales, pero que tienen las esquinas en forma de cruz, esto es, que descansan sobre una de ellas.—Véase la fig. 76. fol. 322.

JUNIO.

—Pues bien, que los lllore á mares.
—Has de ser muy desgraciado.
—Será lo que tase un sastre.
—Te digo que eres un niño.
—Sé mas que tú, no te canses.
—Con el tiempo lo veremos.
—Pues muchos recados dale al tiempo. Anda, no me muelas con sermones....

—Con verdades.

"El tiempo y el desengaño son dos amigos leales que despiertan al que duerme, y enseñan al que no sabe."

II.

—Preguntaré á estos muchachos, que deben ser estudiantes de medicina tambien, si han visto á ese badulaque de Pedro. ¿Me dan ustedes razon de Pedro Fernandez?
—Sí señor, por ahí abajo se fué hace pocos instantes.
—Y no dijo á donde iba?
—Sí, nos dijo que iba á darse un paseo hácia el Canal para que se le pasase el mal humor, porque el pobre hoy está de mal talante; como nos han reprobado....
—Reprobado!!

—Eso que le hace? El primer año cualquiera le pierde. Hemos sido mártires de nuestra opinion científica; pues sostenemos que Hipócrates, y Galeno y Avicena fueron unos botarates, y esos tios de peluca no pueden sufrir que nadie combata sus opiniones.... Pero escuche usted. Sí, echadle un galgo. Ese hombre está loco.
—Corramos, no sea tarde y haga una calaverada.
Reprobado! Pobre madre, qué estás gastando un sentido para dar á ese tunante una carrera decente y lo gasta tan en balde! Pero por fin llego á tiempo, pues le diviso en la márgen del Canal. Eh! Pedro? Pedro? Me ha oido... sale á encontrarme. No me equivoqué, pues tiene la cara como un cadáver.
—Juan, qué ha ocurrido, qué quieres?
—Qué quiero? Vengo á buscarte. Y tú que has dejado aquí?
—Pse!.... yo á nada, á pasearme.
—Pues, á pasearte y hecha una Magdalena madre viendo que no parecias!
—Juan, soy un vil, un infame, un mal hermano, un mal hijo! No me atrevo á presentarme en casa.... Me han reprobado! Me han perdido esos tunantes con quienes me reunia....



—Y qué intentabas?

—Tirarme

al Canal. Para vivir uno sin honor, mas vale....

—Mas vale tener cabeza y procurar recobrarle.

Hé aquí el primer desengaño que te anuncié poco hace.

Pedro! vámonos á casa,

que está sin consuelo madre,

y el primer deber del hijo

es consolar á sus padres.

Sabes como se consuelan?

—Haciendo lo que tú haces.

—El tiempo y el desengaño te enseñarán á imitarme.

III.

—Perico, venga esa mano!

¿Qué es eso voto va el diantre?

Estás cabizbajo y triste

porque vas á entrar á exámen?

Animo, no tengas miedo,

porque vengo en este instante

de ver á tu catedrático

y me ha dicho que en la clase

no le hay mas aprovechado

que tú. No seas cobarde,

que vas á sacar una ese

como esta casa de grande.

Pero qué demontre tienes

que pareces un tomate

de colorado y las lágrimas

te se saltan? No me engañes:

dime la verdad, ¿qué tienes?

—Tengo ganas de tirarme

por esta ventana.... Juan,

matarme, soy un infame,

un estúpido, un malvado.

—Por Dios, que no lo oiga madre, habla bajo...

—Ya no puedo

como pensaba graduarme.

—Y por qué?

—Porque presté

el otro día á un pillastre

el dinero que me dió

para los derechos madre,

y tú que le viste!... aun

no he podido recobrarle

y hoy mismo se cierra el pago...

—Pedro, lágrimas de sangre

nos han de costar á todos

tus continuas necesidades.

—Pero si era un condiscípulo

y me aseguró el tunante

que al día siguiente...

—Pedro,

no gastemos tiempo en balde.

Voy ahora mismo á pedir

ese dinero, aunque pase

todo el año trabajando

de noche para pagarle,

pues sino.... seria dar

una puñalada á madre,

que para juntarle habia

sufrido tantos afanes.

—Pobre madre! pobre hermano!

soy vuestro verdugo infame

y sin embargo, vosotros

sois mis ángeles guardianes.

—Pedro, no se hable mas de esto;

pero apunta donde sabes

este nuevo desengaño,

que espero ha de aprovecharte.

IV.

—Me voy á saltar la tapa de los sesos!... ¡Ah, qué infame,

qué traidora, qué perjura!...

Dame una pistola, un sable,

un cuchillo, cualquier cosa,

porque voy á suicidarme....

—Pero qué locura es esa?

A qué viene ese potage

de palabras? á qué vienen

todos esos disparates?

Estás loco?

—Sí, estoy loco,

pero loco de remate,

loco de rabia, de celos,

de indignacion, de corage,

de.... Malditas sean todas

las mujeres....

—Menos madre!

Pero hombre, te explicarás?

te explicarás con mil diantres?

Qué es eso, qué ha sucedido?

—Que se ha casado la Cármen!

—Pues que Dios le dé salud

y sucesion abundante.

—Salud? Pulmonía y tifus

y jaqueca y zaratanes,

y á mí por médico, es

lo que Dios debiera darle.

Mira Juan, no la defiendas,

que se me sube la sangre

á la cabeza.... Traidora,

mala mujer, vil, infame,

coqueta....

—Echa, echa, echa,

eche usted y no se derrame!

—Juan, no te burles de mí

porque haré algun disparate.

—Bastantes está usted haciendo

y ya es hora de que hable

como habla el hombre juicioso

cuando le ocurre un percance.

Vamos á ver! ¿cuánto hacia

que no la veias?

—Hace

quince dias que estuvimos

en el café de la calle...

No se les hubiera vuelto

veneno á ella y á su madre

el sorbete que tomaron!

—Que te dijo aquella tarde?

—Toma, toma, lo que siempre;

que aunque la descuartizasen

me queria; que yo era

su pensamiento constante;

que tenia unos deseos

muy atroces de casarse

conmigo...

—Pedro, la pérdi la

de mujeres semejantes

no se llora, se celebra...

—La bribona, la...

—Mas vale

que te haya engañado ahora que no mas tarde. Mas tarde quizá no habria remedio y ahora el remedio es fácil.
—Fácil! Ah! cómo olvidarla!
—Cómo olvidarla? Marchándote de Madrid mañana mismo. Yo tengo ahorrados mil reales, los tomas y un par de meses te vas á cualquiera parte ya que estás de vacaciones, pues seguir aquí hecho un valle de lágrimas... fuera dar una puñalada á madre.
—Juan, eres el ángel bueno á quien encargó velase por nuestra familia, al irse á los cielos, nuestro padre!
—Nó, soy un hombre que á costa de mil desengaños sabe: que el tiempo y el desengaño son dos amigos leales.

V.

—Juan, ya me voy convenciendo de que son unos infames todos los hombres.

—No todos.
Pedro, yo estoy muy distante de agraviar con tal concepto á todos mis semejantes, porque una cosa es decir que uno no debe fiarse como tú del primer quidam á quien se encuentra en la calle, y otro decir que no hay honor ni virtud en nadie.
—Como quieras, pero yo tengo motivos muy grandes para renegar de todos y para echarlos al diantre.
—Y qué motivos son esos?
—Tal vez andan ya buscándome para darme cuatro tiros ó á lo menos deportarme...
—Qué es lo que dices?

—Lo que oyes.

Hace poco tomé parte en una conspiracion destinada á dar al traste con nuestras instituciones políticas y sociales, reemplazándolas con otro sistema mas fulminante y de delatarme acaban los que tenian la clave, los mismos que me metieron en ese complot del diantre. Juan, estoy comprometido! Qué he de hacer? dónde ocultarme? No hay mas, me huelen á pólvora los sesos como me atrapan!
—Esto ya pasa de raya! esto ya es inaguantable! Meterse á conspirador...
—Pero hombre, si esos tunantes decian que su sistema era lo mas admirable que se ha visto! Si decian que así que se plantease,

se trasladaria Jauja á orillas del Manzanares.
—Pedro, hablemos seriamente, que tu situacion es grave. Antes de todo te encargo que no lo trasluzca nadie en casa... pues fuera dar una puñalada á madre. Tranquilízate, no temas: hay un alto personaje que todo lo puede, á quien en un sangriento combate salvé la vida, esponsiéndome á verter por él mi sangre. Voy á verle ahora mismo y... puedes tranquilizarte.
—Juan! cien vidas me parecen poco á pagar tus bondades. Sálvame, yo te prometo ser muy otro en adelante, que el tiempo y el desengaño son dos amigos leales.

VI.

—Gracias á Dios que acabaron las consultas! No hay aguante para tanto! Despues que uno cuarenta visitas hace y viene á casa molido y deseando tumbarse, no le dejan descansar...
—Pues no recibas á nadie.
—Juan, seguiré tus consejos porque yo sé lo que valen. Hace un momento he tenido buena ocasion de acordarme de cuando á mujeres y hombres tenia por unos ángeles. No sabes lo que me acaba de asegurar D. Melquiades?
—Qué?

—Toma, que D. Ruperto, el de la calle del Cármen, se presentó ayer en quiebra.
—Caracoles! Sabes que haces buen negocio si le das los treinta y tantos mil reales que te pidió el otro día!
—¿Te acuerdas que la otra tarde te dije que unos amigos se empeñaban en que entrase en una conspiracion, y se empeñaban en balde?
—Sí.

—Pues anda, esta mañana me les han echado el guante.
—Me alegro mucho.
—¿Te acuerdas de la hija de D. Juan Sanchez cuya mano no admití, y luego vino á casarse con un...?

—No me he de acordar?
—Pues le ha cogido infraganti su marido con un primo, y se ha armado un zipizape!...
—Mira si los desengaños te han librado de percances.
—Si ellos y tú no me hubierais enseñado á gobernarme,



¡qué hubiera sido de mí!
¡qué de nuestra pobre madre!

—Pedro, el arte de vivir
es un oficio... es un arte,
y al aprender un oficio
se paga el aprendizaje.
Ambos fuimos aprendices
y... ya somos oficiales.

ANTONIO DE TRUEBA.

ULTIMA CARTA

AL TIERNO CANTOR ANTONIO TRUEBA.

¡Un ay!—Recuerdos, vapores, brisas y fantasmas.—Tartanas, mujeres y encantos.—Valencia á vista de pájaro.—Obregon.—Un á Dios.

Fiat lux, dijo el Señor: y la luz fué hecha.
¿Cómo podría decir yo lo mismo á fin de hacer brotar en el corazón de una dama la luz de una pasión?

¡Pasión! ja, ja, ja, ja: ¿pasión una mujer? Eso sería una verdadera calamidad. ¡Jesús! ¡y qué de cosas sucederían entonces!

¿Pasión una mujer? no lo creo; sería una broma, una arlequinada, un mito, del que siempre tendría algo que pensar, algo que decir, y no siempre dichos y pensamientos en consonancia con sus verdades.

La mujer es una araña:
el amor su tela tosca:

Vosotros. ¿Y el hombre?

Yo. ¿El hombre?... la mosca
que en la tela se enmaraña.

Hoy, ya lo ves, estoy inspirado.

¿Y sabes por qué?

Porque mi hermosa desconocida: aquella de quien tales portentos te conté en mi pasada epístola: la driada, la huri, el ángel, la virgen, ya no existe: es decir, nunca ha existido: la soñé, la idolatré en mi alma, pero idolatría de un sueño: el fantasma se ha evaporado al primer soplo de un desengaño: y héme otra vez aquí, sepultado en el profundo caos de la tranquilidad.

Los poetas, amigo mío, no disfrutamos, es verdad, del poder que los Tintáridas concedieron á Homero de penetrar el secreto de los sepulcros: pero en cambio, osados como dragones, altivos como espartanos, *nuestra natural penetración* nos denuncia tales cosas, que para nada necesitamos á los Tintáridas, aun cuando cada uno nos trajese cien túnicas de Neso.

Yo, por ejemplo.

Eterno soñador de quimeras, donde quier que se alza un vapor: donde quier que gime un eco, donde quier que se estingue un perfume, allí lanzo mi corazón: allí elevo un templo, allí entronizo á la mujer: si bien con la certidumbre de que vapores, ecos y perfumes se extinguirán con igual vaguedad que el corazón, el templo y la mujer: las dichas soñadas, no son mas que un sarcasmo de la felicidad real.

En mi primera carta te hablaba de una mujer fresca como la alborada, pura como una virgen, bella como un ángel, vaga como una ondina, sublime como una creación: hoy, sin embargo, mi sueño es ya huido: al tender la vista en torno nada he hallado, mas que tristeza y desolación.

Mi alma tiene algo de aquellas ciudades malditas, cuya existencia al hundirse bajo la espantosa voz del profeta, rastros eternos deja en sus cimientos, que á cada instante denuncian al viajero las portentosas huellas de su pasado: capaz de sensaciones, ellas mismas son las que luego me envenenan con el agudo dardo de la realidad. Aunque ¿qué extraño es soñarse en Valencia?

¿Es acaso esta ciudad otra cosa que un sueño omnipotente de Dios?

Ah! mi querido Antonio, qué población tan dichosa!

Diez y ocho leguas de bosques de naranjos, limones, palmas, moreras y cuantas frutas puedan apetecerse: el campo de un verde asombroso, inundado de ricas cosechas de hortalizas y legumbres: un río, el Turia, desviado de su cauce para alimentar un centenar de campos de regadío: el mar á dos tiros de bala de la población: un cielo terso y limpio como el del paraíso: una atmósfera impregnada de perfumes embriagadores: las barracas ó ajuares de los campesinos perdidos entre los bosques: los recuerdos del Cid, la memoria de D. Jaime: el tinte todavía árabe de muchos edificios y no pocas personas, sus mujeres, sus amores, su pasado: hé aquí á Valencia: pero á Valencia en pequeño, á Valencia en sombra, á Valencia al daguerreotipo.

¡Qué pluma que no fuera la tuya, podría describirla dignamente!

Por lo demás, aunque de ligero, te diré de ella lo mas notable que he visto.

Valencia, por lo pronto, es una ciudad populosa. Su figura es un círculo completo, si bien, vista desde el Miguelete, prolóngase hasta el mar y montes de Cullera, en una no interrumpida cadena de caseríos. Su interior es estrecho, pobre y reducido. Tiene, sin embargo, calles anchas, limpias, rectas y adoqui-

nadas, circunstancia de que carecen la mayoría de ellas. Por lo regular muchas de estas calles, y en especial las plazas, están llenas de acacias, que unidas á los muchos jardines interiores, donde son obligados los naranjos, despiden tal aroma, que fuera capaz de volver la razon á una coqueta, si una coqueta fuera capaz de fijarse ni aun en los aromas.

El mercado, sobre todo, es notabilísimo. En él está la célebre lonja (hoy bolsin) cuyas columnas del gusto salomónico, asombran y pasman, no tanto por su arte cuanto por la gigantesca altura á que sostienen la cúpula: una en mi concepto, de las mas elegantes que he visto en este género de arquitectura. En la fachada principal es donde existe un agujero (hoy covacha), en el cual, segun tradicion vulgar, albergábase un tremendo mónstruo, que valido de la caudalosa corriente del Turia que por allí pasaba, tenia la costumbre de desayunarse con la esquisita carne del primer prójimo que por allí pasaba, cosa no muy en armonía con las morigeradas costumbres de sus habitantes.

Esto, sin embargo, no podia durar. Un mozo, mas chapado que puerta de inquisicion y con mas agallas que el mismo mónstruo caribe, ideó el medio de matarlo: hecho lo cual, púsose un traje de espejuelos, agarró una lanza, esperó al bicho, arremetió valiente, y cáta! morto.

Desde entonces, en mi concepto, es desde cuando data el vicio de cazar calandrias con espejuelos; que no de otro modo deben aprovecharse invenciones, creadas solamente para bien de la humanidad.

Tambien he visto, por tradicion se entiende, aunque estas son ya mas respetables, el púlpito donde predicaba el Santo y milagroso patrono de Valencia San Vicente Ferrer, con su primer retrato: la silla y brida del caballo del célebre D. Jaime I el conquistador: la casa donde estuvo: la primer capilla donde se dijo misa: un retrato de la Virgen, se ignora su autor, que no tiene precio: la cárcel de San Vicente mártir: el célebre tribunal del agua cuyo fallo, lanzado á la puerta de la Catedral cada juéves, es inapelable: los cinco puentes sobre el Turia, y multitud de cosas imposibles de recordar.

Hay además en Valencia un capricho extraño, que está muy en consonancia con la tradicion de sus antepasados.

Este capricho es el de la pintura.

No verá tienda, calle, plaza ó travesía, donde bien en boceto, bien pintados, bien en relieve, no te encuentres con santos, escenas

campestres, caricaturas, y cuanto es posible apetecer en este género.

Sobre todo, lo que mas me ha impresionado, lo triste, lo lastimoso, lo que aun me tiene abatido, son las tartanas. ¡Bendito Dios, y qué brincos se pegan dentro de ellas! En mi concepto, la mejor maldicion que se le puede echar hoy á una persona es esta:

Permita Dios que mañana
Por vil, infiel y traidora,
Tengas que andar media hora
Metida en una tartana.

Lo que puedo decirte es, que en una fuí al Grao; pero no volví en otra. Solo la costumbre puede hacer se acomode uno fácilmente á esas especies de cubas con ruedas: de otro modo, fuera imposible soportarlas ni un instante.

Y hé aquí, sin quererlo quizá, una continuacion de las costumbres árabes.

A las mujeres apenas se las vé. Recatadas hasta el exceso, solo en dias clásicos de fiestas ó bailes es fácil admirarlas.

Vas, sin embargo, al teatro, y como curioso y ávido de novedad, tiendes tu vista en torno para convencerte estás en la tierra y no en el paraíso.

Hay, sin embargo, entre tanta dama una que te llama la atencion sobre todas, mas que por su belleza física, por las noticias que tienes de sus cualidades morales. La ves elegante, culta: sabes tiene un talento esquisito para la sociedad, una percepcion encantadora para la familia: sabes, en fin, que reúne al despejo natural del hombre, todas las cualidades bellas de la mujer: qué hacer pues? mirarla y volverla á mirar, sin mas objeto que el que pudieras tener ante un cuadro de Murillo: el objeto de la novedad: porque has de saber, que para mirar á una mujer hermosa, se necesitan lo menos ocho dias.

¿Cómo podrias si no dar cuenta de si son ó no tales ó cuales paisés dignos de la fama de sus mujeres?

Recuerdos eternos me quedarán de la espontaneidad con que los señores condes de Parcept me abrieron sus salones: humilde escritor, no puedo menos de tributarles en nombre de todos mis compañeros un voto de gracias, siquier, ya que no por otra cosa, por la inmerecida honra que en mi pobre persona han recibido las bellas letras en su casa.

Y ya que de bailes y teatros hablo, voy á darte las noticias que te prometí en mi primera epístola.

Nada del baile del Sr. baron de Cortes.
No estuve.

Mucho de nuestro queridísimo amigo *Tirso Obregon*, barítono absoluto de este teatro.

Su permanencia en esta ha sido una continua ovación. Su figura, su educación, sus distinguidos modales, causas han sido mas que suficientes para que el público le haya dispensado sus favores: si bien en esto no he hecho mas que cumplir con un deber de justicia, apreciando su mérito en lo que vale.

Ya recordarás el ruido que hizo la noche de su debut con el *Moreto* en ese teatro del Circo: no menos ruidoso lo fué aquí, lo cual prueba mas y mas, que donde el genio se alberga, no hay nube capaz de eclipsarlo.

Por lo demás, pronto, muy pronto lo tendreis en vuestro poder, lo cual tanto se ha deseado ahí, puesto que para fin de este mes piensa emprender, segun tengo entendido, una larga caminata.

En Setiembre ya lo habremos oido.

Bien sabes lo querido que es en Madrid; porque aparte de todo, fuera de su indisputable mérito, sus cualidades morales le hacen digno de todas las atenciones que tan justamente se le dispensan.

Siento no puedas dar una vuelta por aquí para hacer una *gira* y comer una *paella* ó ir al célebre jardín del Santísimo en pos de una fresada, jardín por otra parte el mas admirable y voluptuoso que acaso exista en toda Europa, y en el que la *Avellaneda* debió concebir su poética *Hija de las flores*.

Hace un tiempo frío como en invierno.

Ayer estuve en el mar con dos amigos mas. Tomamos una lancha y fuimos á ver el elegante vapor de guerra *LEPANTO*, próximo á darse á la vela para Cartagena.

Despues almorzamos en el Grao.

Dentro de dos dias me embarco.

Despues de ver Valencia solo se puede hacer el viage por mar.

De este modo ante la inmensidad, es mas soberano el recuerdo que se lleva de la voluptuosa sultana, de la maravillosa flor de la creación. Por eso lo hago así: es preciso que las emociones sean dignas, por lo grandes, de las dichas que se van perdiendo.

Adios: sabrás de mí desde Andalucía.

Valencia 4 de Mayo de 1858.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

TERCERA PARTE.

I.

EL CASTIGO.

Young of the clark eye
Where fore are thou there if terror can-
appal thee?

W. S.

Cuando Chateau-fort se vió en presencia de Magdalena que cantaba con la tranquilidad del alma mas inocente, sintió que la ira que se agolpaba en su corazon era superior á todas las consideraciones, y estalló en una nube de improperios, de ruidos y de maldiciones que por lo pronto asustaron á la institutriz, mujer de suyo poco espantadiza.

El primer movimiento de Magdalena fué echar ambas manos hácia adelante, como si con ellas quisiese contener aquel diluvio de anatemas que la envolvian, sin que pudiese comprender de qué se trataba, pues la narracion del plantador era tan furiosa como ininteligible para quien como la Bonmarché estuviese, segun suele decirse, á ciegas.

Luego que Chateau-fort desfogó toda su furia, y cuando él creia que la habria dejado anonadada, Magdalena, que aunque desorientada empezó á comprender que su secreto habia sido sorprendido, fijó en el plantador sus ojos asustados, é hizo un gracioso movimiento de hombros que acabó de rematar á Chateau-fort.

—¿Es decir que creéis engañarme todavía con vuestra candidez? Ah! infame!.... hiena.... vos....

Magdalena respiró; Chateaufort ignoraba completamente su primitivo nombre y su categoría teatral, que en su furia no hubiera podido ocultar.

—Es decir, que no os comprendo, respondió con una mansedumbre que empezó á desarmar á Chateau-fort.

Chateau-fort se volvía loco; cuanto mas se fijaba en la tranquila mirada que le dirigia Magdalena, en su voz dulce, serena y cadenciosa, mas imposible le parecia que aquella mu-

jer fuese capaz de una traicion tan infame como la que acababa de oír de boca del mulato.

Y por otra parte, Ascanio acababa de huir, y de abandonarle á su triste destino; impulsado por los celos le habia humillado, pisoteado, escupido; él, que hasta entonces habia sido su escudo, su amigo, su mejor esclavo.... ah! allí habia amor!... amor ardiente, frenético, como todos los de la raza de color.... El mulato decia verdad!

Y Chateau-fort, sofocado, espoleado, ahogado por la ira y los celos, se dejó caer casi exánime en un sofá exhalando gemidos desesperados, que no tenian nombre entre las miserias humanas.

Magdalena se acercó á él, y le interrogó de nuevo con su mirada dulce y serena.

Chateau-fort entonces, fascinado como siempre por aquellos ojos, le refirió en pocas palabras su conferencia con el mulato, añadiendo con un acento de conviccion que salia de lo mas íntimo de su alma:

—Ah! el corazon me decia que esa pobre niña era inocente!

Magdalena le miró fijamente soltando en seguida una estrepitosa é insultante carcajada.

Chateau-fort se quedó cortado.

—Ah! ah! ah! repitió Magdalena con osadía.

Chateau-fort sintió que su ira se encendia de nuevo.

—Me causais compasion! repitió Magdalena impasible.

—Compasion á vos? á vos?

—Sí, á mí, pobre alma débil, que cede al soplo de la calumnia como la caña al menor impulso del viento.... á mí, que no encuentro palabras para espresar mi indignacion al veros tan vil, tan bajo, tan cobarde.... á mí, que dejo ahora mismo estos umbrales.

Chateau-fort corrió hácia la puerta que cerró con llave.

—Calmaos y escuchad, dijo con voz mas dulce, acercándose á la Bonmarché que le rechazó con desprecio.

—Ascanio lo ha declarado todo.... y yo....

—¿Y vos, respondió furiosa la Bonmarché trocando en ira su estudiada mansedumbre; vos no conoceis en vuestra imbecilidad que mi amor es un monstruoso tejido de calumnias con que se escuda el vil mulato para alejar las sospechas de su infame manceba y del mas vil esclavo que vende su querida al capataz?

—Cómo! ¿y creéis que Ascanio sea el amante de la negra?

—El amante? ah! no; el amante es Zafiro, alma baja vendida al solo reflejo de una moneda de oro; Ascanio es el seductor de la esclava, el que ha protegido el robo, el que para

alejar el látigo de la espalda de la hipócrita, no ha dudado en acusarme, en infamarme á mí, á mí, oh Dios mio! Dios mio!

Y Magdalena prorumpió en gemidos retorciéndose las manos con desesperacion.

—Es decir, exclamó Chateau-fort gozándose en creer inocente á la Bonmarché, que ese infame, abusando de mi confianza me ha destrozado el corazon con su horrible calumnia!

—Ah! ¿y qué es el corazon cuando se trata del honor? murmuró Magdalena llorando; oh! quisiera morir!

Chateau-fort estaba conmovido.

—Cobarde! exclamó con voz sorda; solo para salvar á esos villanos.... oh! no los salvará.... os lo juro.

Magdalena hizo un movimiento de cabeza que parecia significar una negacion.

—Os lo juro! repitió Chateau-fort con energía, y olvidando ante las lágrimas de su querida la terrible amenaza del mulato; no se trata solamente de un robo ejecutado por abuso de confianza que constituye por sí solo un crimen horrible; se trata de vos, de vuestra honra, de vuestro amor que es mi vida, amada mia. Oh! vuestra ofensa será lavada con sangre.... dentro de una hora.... ahora mismo.... sangre infame, es verdad, pero al fin sangre!

Y Chateau-fort estrechó fuertemente contra su corazon la mano de Magdalena, que continuaba llorando y corrió á dar sus órdenes al capataz para que el castigo se llevase á cabo lo mas pronto posible.

María Antonia que siempre en alarma habia estado escuchando las palabras de Chateau-fort, corrió como una loca á las habitaciones de Silvina gritando con acento desgarrador:

—Niña! Niña!

Las negras salieron á su encuentro poniendo un dedo en los labios para indicarle que dormia.

Era en efecto la hora de la siesta; María Antonia siguió adelante hasta penetrar en la alcoba sin cesar de gritar:

—Mi ama! mi ama! niña mia! exclamó cayendo de rodillas al pie del vaporoso lecho de su hija: venid, venid, os lo suplico por el Dios que está arriba.

—Pero qué te sucede, preguntó Silvina de mal humor, que has venido á despertarme?

—Ay! ama mia! señora mia! niña mia querida! exclamó María Antonia levantando hácia ella sus ojos y juntando las manos con el mayor fervor; el señor amo ha mandado dar doce latigazos á la hermana negrita de su melsé, que se morirá de miedo y de vergüenza cuando vea al capataz quitarle su pañuelo. Ah! ven-

ga su melsé conmigo y el amo la perdonará... el amo! el amo no puede negar nada á su niña, y Dios le pagará á su melsé tanta caridad! Vamos, niña mia querida! vamos corriendo.

—Idos en paz! respondió severamente Silvina; ¿no os avergonzais de venirme á despertar para suplicarme por una ladrona?

—La esclava es inocente! exclamó María Antonia siempre de rodillas. Ascanio ha confesado que él es el ladron.

—Ascanio! vamos, habeis perdido el juicio.

—Sí, sí, niña mia. Ascanio ha confesado el robo, escapándose en seguida como un rayo.

—Entonces por qué lloras?

—Ah! querida señora.... esos pobres esclavos son inocentes.... el amo lo sabe todo....

—Pues si sabe que son inocentes no necesita que vaya á pedirle el perdon. Vete pues tranquila y déjame descansar.

—Son inocentes, ama mia; repitió la nodriza llorando; pero el amo ha mandado que se le den ahora mismo doce latigazos á la infeliz, y Ascanio no está aquí para defenderla.

—Eal déjame de imbecilidades, replicó Silvina cerrando de nuevo los ojos; yo no comprendo tu insoportable jerga.... déjame dormir y vete en paz con tus esclavos y tus....

—Ah! venga vuesa melsé, exclamó María Antonia queriendo arrastrarla consigo; por Dios! por la mamita que está en el cielo!.... corramos.... ¡si el látigo cae sobre la esclava.... sois.... somos perdidos!

Silvina no respondió y corrió las cortinas volviéndose del lado opuesto: la amenaza de su nodriza heria su amor propio de blanca y de gran señora.

—Por la última vez os lo suplico; venid, venid....

—Dejadme y salid!

La nodriza salió pié entre pié, con los ojos desencajados y derramando lágrimas que salían del corazon. Al llegar á la puerta del gabinete, murmuró con acento desgarrador:

—¡Niña! si el látigo cae sobre la esclava inocente... que Dios tenga misericordia de nosotros.

Silvina sintió correr por todo su cuerpo un escalofrío como si el filo de un puñal rozase su rosado cutis y tuvo impulsos de llamar á María Antonia.... la nodriza iba ya lejos.

Aquel pensamiento fué en la jóven criolla como una luz meteórica, y á los pocos momentos estaba ya dormida, aunque luchando en su imaginacion con la idea de aquella hermosa esclava á la que hubiera podido salvar y cuya sangre amenazaba caer sobre su cabeza.

María Antonia salió corriendo sin detenerse por la puerta principal del ingenio, enca-

minándose hácia Puerto Escondido con la velocidad de un ave.

En el gran patio de las galerías se fueron reuniendo todos los esclavos del ingenio, sin exceptuar siquiera á las negras consagradas al servicio de la niña.

Los hombres que eran los mas formaban un gran círculo, dentro del cual se colocaron las esclavas, mas ó menos llorosas, pero todas conmovidas, todas avergonzadas, porque hacia ya largo tiempo que el capataz no habia tenido que hacer sentir el látigo á una mujer en el ingenio de Felipe de Chateau-fort.

En el centro de aquel doble círculo se alzaba una gruesa columna de madera de poco mas de seis piés de alto, pero gruesa y reforzada por tres anchas abrazaderas de hierro de las que colgaban grandes y macizas argollas cerradas á fuego.

Al pié de la columna estaba en pié el hercúleo capataz con su pantalon blanco, su sombrero de paja de anchas alas, su camisa de color remangada en los brazos hasta mas arriba del codo y su gran látigo que blandia de cuando en cuando al aire como para probar sus fuerzas.

Un poco mas allá y cerca tambien de la columna estaba el plantador apoyado en unos bariles vacíos con su traje completo de tela blanca rayada de azul, su corbata de muselina moteada de negro y sujeta con un anillo de esmeraldas, su sombrero ancho y fino de jipijapa y su gran faja de seda carmesí por debajo de la cual asomaba una gruesa cadena de oro recargada de sellos y llavecitas, completando su traje de rico propietario del campo la gruesa y nudosa caña de bambú con puño y contera de riquísima plata.

Escortado por varios negros armados de fusiles y sereno como un mártir que camina al suplicio, adelántase Zafiro hácia la columna sin mas vestido que un corto calzon de tela rayada, y sujetos los brazos á la espalda con gruesas cuerdas de cáñamo.

Llegado al pié del poste que hacia de piqueta, el capataz ligó las manos al esclavo pasando á cada vuelta la cuerda por las argollas de la abrazadera de hierro que abarcaba el centro de la columna: en seguida sujetó igualmente sus dos piés á la abrazadera mas cercana al suelo y pasó al rédedor de su cintura una tercera cuerda que ató á las argollas de la abrazadera superior.

Una vez ligado por todas partes, el esclavo por grandes que fuesen sus fuerzas, podia ya ofrecer muy poca ó ninguna resistencia.

Casi al mismo tiempo apareció escoltada por otra cuadrilla de negros tambien armados, la

abatida y sensible María de Jesus, que anegada en llanto, llevaba el rostro cubierto con ambas manos en cuanto se lo permitian las ligaduras menos ceñidas á su cuerpo que las de Zafiro.

Los negros hicieron alto cerca del plantador, que al divisar la esclava dejó brillar en sus labios pálidos una sonrisa convulsiva.

En efecto, acogiendo con entusiasmo la idea de que Magdalena era inocente, desesperado por la evasión del mulato que tanto valía, encontraba Chateau-fort un placer inmenso en descargar su cólera sobre los dos esclavos, por mas que Ascanio le revelase su inocencia con tan verídicas como amenazadoras palabras. Magdalena era la que mas encendía su cólera, ondeando su perfumado pañuelo de Nípis desde una de las ventanas de la galería.

Como si no se hubiese aguardado mas que la llegada de la esclava, el capataz levantó en alto el látigo, le blandió fuertemente en el aire y le descargó uno tras otro veinte latigazos sobre las espaldas de Zafiro que los recibió con una serenidad heroica, sin ladear el cuerpo, sin exhalar el mas débil suspiro.

En cuanto á María de Jesus, al ver correr la primera gota de sangre, exhaló un grito agudo y cayó sin sentido en medio de los negros que la custodiaban.

Los negros ojos de Zafiro se volvieron entonces hácia el sitio en que yacia inanimado el cuerpo de la esclava.... y nada mas.... la ira que iba á asomar á su rostro desencajado retrocedió por un esfuerzo supremo á concentrarse en el corazon.

Chateau-fort estaba asombrado: aquel hombre acababa de sofocar en un solo instante los tres sentimientos mas violentos del corazon humano; el amor, el dolor y la ira.

Una vez concluido el castigo, desataron á Zafiro, sugetándole á una de las gruesas columnas que sostenian la gran galería que rodeaba el patio, para que presenciase el castigo de su cómplice.

Las espaldas de Zafiro cubiertas de sangre y abiertas de arriba á abajo causaban horror. Su serenidad evangélica, su mirada dulce y triste á la vez, tenían algo de sobrenatural que infundía respeto y veneracion.

María de Jesus no volvió felizmente á la vida hasta que Zafiro estaba ya ligado á la galería. Como la espalda estaba sujeta al poste, la pobre jóven no pudo formarse idea del doloroso estado de su amante, y se puso á temblar, no creyendo todavía en el castigo que la esperaba.

Entonces Chateau-fort, en cumplimiento á la oferta que habia hecho á Magdalena, se

adelantó hácia la negra, y arrancándole repentinamente su pañuelo de muselina, dejó descubierto el cuello y el pecho antes de que la esclava sorprendida pudiese levantar las manos para cubrir aquellas formas, que con tanto afán habia ocultado siempre á los ojos profanos.

María de Jesus no se desmayó, la ira le daba valor y clavando fuertemente las manos sobre el pecho, lanzó sobre su amo una mirada furibunda, murmurando con voz entrecortada: ¡infame!

Zafiro que con tanto valor habia soportado su castigo, exhaló un rugido terrible que hizo estremecer á la Bonmarché y temblar de miedo, como si aquel nuevo Sanson fuese á arrastrar consigo la galería, sepultándola entre sus escombros.

Palmerolles se paseaba tranquilamente fumando su cigarro, indiferente para todo menos para su hija; frio, severo y esclavo de la justicia, veía impasible los castigos con los que en su largo trato con los negros habia llegado á familiarizarse.

—Hola! exclamó Chateau-fort con ironía y acercándose de nuevo á la irritada esclava: ya sabia yo que la hipocresía era tu lado débil.... bien, muy bien.... yo le perdono seis latigazos en cambio de un paseo por el patio.

Aunque las palabras del amo arrancaron á los esclavos un grito de júbilo, María de Jesus empezó á temblar, porque al levantar los ojos hácia su señor, se encontró con la sonrisa de Magdalena, que sin saber por qué la heló de espanto.

En efecto; siempre con la risa en los labios, Chateau-fort hizo desnudar hasta la cintura á la afligida María y ligándole á pesar de sus esfuerzos las manos á la espalda, la espuso á la vergüenza haciéndola dar tres vueltas por todo el círculo de esclavas.

La desesperacion de la infeliz al verse en aquel estado, no alcanza á describirla nuestra pluma; sus labios contraídos no podian exhalar el mas leve gemido; un sudor frio cubria su rostro agitado por una idea de venganza, y sus ojos inflamados se fijaban sobre el plantador sellando un odio eterno.

Zafiro exhaló dos ó tres gritos sin nombre, mas terribles y amenazadores que la acerada punta de un puñal, y luchó fuertemente por romper las ligaduras que le sugetaban: luego quebrantado por el esfuerzo, debilitado por el dolor de sus heridas, inclinó la cabeza sobre el pecho, pero como el tigre encadenado que no ha perdido un ápice de su valor, se enderezaba de nuevo, volvía á todas partes sus ojos inyectados de sangre, y continuaba lu-

chando y jadeando como un perro atacado de hidrofobia.

Las hermosas formas de la esclava, causaron en el plantador una impresion profunda y ahogaban en Chateau-fort todo sentimiento de venganza, pero el prestigio del amo era el primero.... ¿y con qué pretexto indultarla sin que nadie solicitase su perdon?

Chateau-fort volvió los ojos á todas partes buscando á María Antonia, y solo encontró la mirada de Magdalena, furiosa y amenazadora que leia en su alma como en un libro abierto. El plantador tembló y no tuvo ya ánimo para escuchar la voz de misericordia que se alzaba en su alma. Débil como un niño, ordenó al capataz que atase la esclava á la columna, pero su boca no podia repetir el castigo que antes con tanta energía habia ordenado.

Al ver á la jóven ligada á las argollas de hierro, el valor de Zafiro desapareció: confiado en la promesa de Ascanio, habia creído á ciegas que el castigo de la negra no llegaria á ejecutarse, é impotente para libertarla exhaló un doloroso gemido, se agitó algunos instantes y cerrando los ojos cayó en un letargo que tenia todas las apariencias de la muerte.

Chateau-fort asustado hizo conducir á Zafiro en una camilla hasta la enfermería del ingenio.

María de Jesus continuaba atada á la columna indiferente á todo, porque ya nada podia sucederle que la asustase. Deshonrada, lastimada en lo que hasta entonces habia creído su único tesoro, espuesta á la bafa de sus compañeras, ¿qué le importaba ya que despedazasen su cuerpo, ni que inventasen para ello un nuevo suplicio? Su único deseo era la muerte, la muerte que debia llevarla á descansar al seno de Dios.

¿Y Zafiro? ¡ah! Zafiro no podia ya amarla, no podia dar su mano á una mujer que habia sido espuesta á la vergüenza pública.... y la negra al mismo tiempo que deseaba la muerte sentia arder en su pecho la venganza é increpaba del cielo un anatema terrible para el plantador.

Apenas se restableció la calma alterada por el incidente de Zafiro, Chateau-fort deseoso de acabar con aquella ejecucion que empezaba á pesarle como un remordimiento, se inclinó al capataz murmurando con voz entrecortada —seis.... cuatro latigazos.

El capataz levantó el látigo, á cuyo chasquido exhaló María un grito agudo y desgarrador, pero el látigo cayó sobre Laura de Palmerolles, que interponiéndose de repente entre la víctima y el verdugo, cubria á la negra con su cuerpo, levantando las manos sobre la

cabeza de la infeliz esclava con el valor de una madre que defiende á su hija.

Palmerolles y Chateau-fort corrieron á un tiempo á abrazar á Laura, que no quiso separarse de los brazos de la esclava hasta que hubo conseguido su perdon.

El capataz confuso soltó el látigo desapareciendo instantáneamente por entre los esclavos.

María Antonia abrazaba las rodillas de Laura, llamando sobre ella todas las bendiciones del cielo.

—Hija mia! exclamaba Palmerolles aturrido á la idea del latigazo.

—Pobre ángel! decia conmovido Chateau-fort; Dios te bendiga como yo te bendigo.

Tan cierto es que una accion generosa llega hasta los corazones mas duros.

La Bonmarché perdia desde aquel momento una gran parte de su valor para con el propietario, que veia en Laura la mujer cumpliendo su verdadera mision.

Y María de Jesus?

La pobre esclava dudando todavía de la realidad, abria los ojos desmesuradamente creyendo ver en Laura de Palmerolles un ángel enviado por el Dios de los justos para proteger su inocencia.

Libre ya de las cuerdas que la sugetaban, estraviada la imaginacion por el recuerdo de su vergonzoso suplicio, María de Jesus conducida por Laura y María Antonia á su sencilla habitacion, prorumpió en un llanto amargo y desconsolador, exclamando con un acento que partia el corazon.

—Oh! Dios mio! Dios mio! ¿por qué no has cubierto con las alas de tus ángeles el desnudo cuerpo de tu esclava?

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE CADIZ.

Todas las poblaciones, cualquiera que sea su categoría é importancia, desde las primeras capitales hasta los últimos villorros, tienen sus épocas, sus dias clásicos, sus fiestas populares que atraen la concurrencia de los pueblos vecinos, produciendo en ellas animacion insólita, y consiguientemente ventajas fáciles de comprender y de calcular. Las ferias periódicas, las corridas de toros, las grandes festividades religiosas, las mas que devotas alegres romerías, las suntuosas procesiones de Semana Santa, y otra porcion de acaecimientos

constituyen otros tantos alicientes, que se utilizan en provecho de los pueblos mismos por la afluencia de forasteros: medio poderosísimo de fomento para las clases todas á quienes hace prosperar el tráfico.

Poco de esto tenemos en Cádiz. Nuestra cultura no nos permite tolerar candeladas en nuestras calles la víspera de San Juan, pero nos vamos á Puerto Real á saltarlas. Aquí no nos hemos cuidado de que la plaza de toros se venga abajo; pero vamos á ver los de cuerda en otra parte. La feria de navidad vive á duras penas pocos días, no sospechando siquiera su existencia las tres cuartas partes de nuestros convecinos; pero los vapores y los trenes crujen bajo el peso de las innumerables personas que pueblan la no mas amena y vistosa feria de Carretones. De todas las cofradías de Semana Santa hace años que no sale sino la del Jesus Nazareno, y esa entre las tinieblas de la noche; pero en cambio vamos á encombrar las calles de Sevilla para ver las de allá. Somos, como se vé, gente poco casera: todo lo queremos fuera. Anhelamos, por tanto, el ferro-carril, no para atraer con la facilidad de las comunicaciones á los que vengan, sino para irnos nosotros á otra parte con mas facilidad que ahora.

¿Qué revista de una localidad es posible donde nada nuevo sucede nunca, donde toda la novedad consiste en irse á donde las hay, y frecuentemente á donde no las hay?

Hablarémos, pues, de obras públicas; hablarémos de la nunca bien ponderada prolongación del muelle, y hablarémos de él con tanto mas motivo cuanto que siguiendo el ejemplo de la parte viviente de la poblacion, tambien en él se vá, no á Puerto Real, ni á Chiclana, sino á fondo. Todo es irse.

Cuando se comenzaron á plantar allí los primeros pilotes, de lo cual ya hay fecha, tuvimos la inocencia de creer que íbamos á tener muelle, si nó tal cual se necesita en Cádiz ni con mucho, al cabo harto mejor de lo que habia. Armáronse los martinetes; pero funcionaban de tan mala gana que difícilmente habrian levantado un chichon si en vez de sobre la cabeza de un pilote hubieran caido sobre alguna cabeza humana un poco dura.

Mientras á paso de buey subia y bajaba el aparato mecánico, se acopiaban maderas, pedalillas y cantos, formábase un carril de hierro para transportar los materiales, á fin de que mas cómodamente fueran al fondo del mar, como ha sucedido; el muelle se embrazaba y obstruía hasta hacerle intransitable, y al ver allí tanto reunido nos lisonjeábamos con la esperanza de dejarnos en mantillas á

Semíramis cuando construyó las maravillosas murallas de Babilonia. Pero cuando tal creíamos estábamos, no en Babilonia, sino en Belen.

A la obra aquella ha principiado á sucederle lo que al pastel de D. Blas en la pieza *Trápidas por bondad*, cuyo pastel cansado de esperar se royó á sí mismo. El muelle, no menos aburrido, vá zambulléndose palo tras palo en el agua; suicidio lento, pero seguro como el que mas. Y aun eso no fuera lo peor, á no ser porque suele dar en la gracia de llevarse para abajo los trabajadores, machucándolos antes como si fueran almendras para una horchata.

Resulta de lo dicho que ya no tenemos muelle ni nuevo ni viejo. Aquel porque no se ha construido ni tiene de ello grandes trazas por ahora, y este porque no hay medio de transitar por él con mediano desahogo siquiera.

Hasta para mayor amargura se descubren desde allí los trabajos del ferro-carril que se siguen en la Punta de la Vaca, y que avanzan en direccion del hidráulico portento de que acabamos de ocuparnos. Es como enseñarle de léjos una hogaza al que tiene hambre de una semana.

¿Pero esa hogaza cuando acaba de llegar?

Seis años hace que la esperamos dia por dia, y nada.

Dichosos los que comieron y los que bailaron en aquella inauguracion. Son los únicos que han sacado algo en limpio del ferro-carril gaditano.

Esto consiste en que no hay ley hecha en córtés ni real decreto que pueda sacarle á nadie del cuerpo lo que ha comido ni lo que ha bailado. Este es uno de los pocos hechos consumados que hay que respetar siempre. Los estómagos y las piernas están fuera del efecto retroactivo de una rescision de contrata.

Capítulo de otra cosa.

Se nos han contado estupendas peripecias de la funcion egecutada el mártés en el teatro Principal á beneficio de cierto tenor náufrago del Colombia. Por lo visto su naufragio no concluyó allí. Quedábale otro menos peligroso, pero tan completo como el primero.

Con el Principal todo el mundo se atreve. Él se tiene la culpa: no hay por qué compadecerlo.

Y ahora que del tal coliseo se habla, dirémos dos palabras del programa publicado por la nueva empresa.

Notables mejoras nos anuncia la lista de compañía. A buen bocado buen grito.

Tambien nos manifiesta que las funciones

serán dignas del público. Eso es lo que ha cerca de dos meses que pedimos. Eso nos atrevemos á esperar de los antecedentes de la nueva empresa. Si como no dudamos, comprende que el decoro es lo primero en los espectáculos destinados á ponerse ante los ojos de una sociedad culta, habrá cumplido con un deber moral de altísima importancia. Entonces conocerá que nuestra hostilidad ni es, ni ha sido, ni será nunca sistemática.

Deseámosle, pues, buena fortuna, y se la deseamos cordialmente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Bendicion de la bandera del cuarto batallon de infanteria de marina.

El dia de San Fernando, y á virtud de una real orden, tuvo lugar en nuestro departamento esta solemne ceremonia, á la cual asistieron el Excmo. Sr. capitán general del mismo, gran número de gefes y oficiales de la armada, de sus cuerpos administrativo y de sanidad, diputacion del colegio naval, el Sr. brigadier y oficiales todos del primer batallon, el estado mayor de la artillería, y otros gefes del ejército y personas convidadas, ocupando en su totalidad los bancos al efecto preparados en la bella iglesia parroquial Castrense, la cual se hallaba adornada con el gusto severo propio de aquel acto.

La funcion fué suntuosa, y terminada esta el batallon recibió su bandera con todos los honores de ordenanza, pasando de allí á ejecutar su descarga en sitio propio para precaver toda contingencia de peligro á la numerosísima y escogida concurrencia que acudió á presenciarla.

El batallon se presentó en un estado brillantísimo de lujo, aire marcial é instruccion, sin dar muestras de ser, como lo es, de creacion reciente, y no debiendo temer en ningun concepto la comparacion con el mejor cuerpo de nuestro escelente ejército. Su entendido y celoso coronel el Sr. D. José de Guzman, persona de muy altas prendas militares y sociales, puede estar plenamente satisfecho del resultado de sus trabajos. Bajo su acertado mando el cuarto batallon ha sido en breves meses digno de hacer parte de la distinguida brigada de infantería de marina.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

La primavera ha hecho alto para dejar á París tiempo de bailar todavía. El sol se ha ocultado, y las nuevas modas han hecho lo que el sol. El lindo mes de Mayo, tan celebrado por los poetas, no es ya el mes de las flores, sino el mes de las ráfagas de viento, de las brisas glaciales y de los chaparrones. Así es como se pierden las reputaciones. Sin embargo, las coqueterías estaban preparadas para el paseo de el Bosque y para las carreras de Longchamps y de Chantilly. Alejandrina habia creado, además de su sombrero Valois y de su sombrero María Antonieta, modas únicas y fantásticas; entre otras un sombrero multicolor, designado bajo el nombre de sombrero escocés, y reproducido en crespon blanco con blonda escocesa, y grupo voluminoso de capullos hechos de cintas de todos los colores mezclados. Este sombrero es de un carácter maravilloso, y sienta muy bien á una mujer linda que puede permitirse un capricho artístico.

Despues un sombrero de crespon espuma, con casquete cuadrado, ligeramente fruncido y un poco ancho, cayendo sobre el bavolet. Una brida de cinta malva decora este sombrero y nudo al lado. En el interior, bandó emperatriz con azaleas malvas. Despues un sombrero de paja de arroz cosida, muy flexible y sin aderezo, adornado en lo alto del ala de un nudo de cerezo con sus encarnados frutos.

Mme. Richards adorna con florecillas de primavera trages de baile de tarlatana, de gasa y de tul. Es imposible bailar en este tiempo con los antiguos trages de invierno.

La mas elegante sencillez preside al adorno de los trages de Mme. Richards. Júzguense por los siguientes que van á figurar en las fiestas ofrecidas á la reina de Holanda.

Un traje de tarlatana blanca sobre transparente malva, de doble falda. A cada lado de las caderas dos gruesos ramos de lilas persas, dispuestas en nudos de flores. Corpiño plano con paños de color de malva y ramilletes de lilas. Mangas de buches de tarlatana, cubiertas con una gran pañoleta rodeada de un escarolado malva.

Un traje de tafetan malva, decorado con buches de tul malva, alternando con conchas de punto de Inglaterra. Adorno de cabeza del mismo color y diamantes centelleando en forma de estrellas.

Un vestido de tres faldas de gasa blanca, orlada cada una de aquellas por una greca de

perlas de coral rosa, con aderezo de camafeos napolitanos en coral rosa, esculpidos y cincelados por Isler de Roma. El gran artista romano sabe animar la piedra, sobre todo el coral rosa, y darle una coquetería irresistible.

Las flores han reemplazado á las plumas en los equipos de baile; pero Zacarías no deja por eso de ser el plumagero de moda para los sombreros de primavera. Hace con ellas nudos, paños, penachos, sauces, cintas, flecos; en una palabra, metamorfosea la pluma y el marabú en motivos caprichosos y nuevos, que responden al gusto original de la época. Las franjas de plumas escocesas de Zacarías obtienen un gran éxito para los sombreros de primavera, porque el escocés domina enteramente la moda.

Mme. Olivier prepara para la partida á los baños ó al campo, lindos redingotes escoces.

¿Cómo, redingotes?...

Ciertamente que sí. Los redingotes de nuestras madres, sin omitir el delantal compuesto de ojales enlazados, lo mismo que antes.

Por lo mismo que el redingot no mete ruido ni produce efecto alguno, no puede ser escogido por una mujer á quien agraden los equipos pomposos. No es mas que un capricho de una dama del gran tono, pero no es un equipo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró gris con dos enaguas; la primera se guarnece con una tira al sesgo de tafetan escocés rosa y verde; la segunda está adornada por el costado con tres quilles del mismo tafetan escocés: el monillo sin faldetas figura ser doble; el primero de gró gris, el segundo con escote cuadrado de tafetan escocés: la cotilla larga, cerrado todo por botones: mangas largas con dos volantes y jokey adornada con el mismo tafetan escocés: cuello y mangas blancas de punto de Inglaterra. Brazaletes de oro con colgantes de coral rosa: alfiler de lo mismo. Adorno de cabeza de terciopelo rosa y alfileres venecianos de oro. Botas de seda gris.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró azul rayado color sobre co-

lor quilles blancas con flores chiné: monillo con escote cuadrado y un fleco de los mismos colores al rededor del escote: mangas con un buche y un volante á grandes pliegues; el mismo fleco y guarnicion adorna la manga: camisolín de encaje y buches de tul con puños de encaje. Toquillon de encaje de Chantilly. Sombrero de paja de arroz con rulos de gró azul, ramos de plumas azules y blancas; cabos blanco y azul. Guantes paja. Botas gris.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

MONILLO CON ESCOTE CUADRADO.

- N.º 1 Delantero.
- 2 Espalda.
- 3 Costadillo.
- 4 Doble manga tableada por la parte alta.
- 5 Jokey de la manga.
- 6 Conjunto del monillo.
- 7 Volante: al pasado y punto de armas.
- 8 y 9 Cuello y mangas para niña: feston y ojetes.
- 10 Pañuelo: al pasado y feston sobre el dobladillo.
- 11 Escudo con las iniciales E. C.: al pasado rico.
- 12 Volante: feston y ojetes.
- 13 Escudo: al pasado y bordado ligero.
- 14 Id. id.
- 15 Id. bordado ligero.
- 16 D. T.: al pasado.
- 17 á 41 Alfabeto: id.
- 42 Pico de pañuelo con las iniciales L. G.: feston.
- 43 Id.: bordado ligero.
- 44 M. B. L. enlazadas: al pasado.
- 45 H. L. id. id.
- 46 M. D. id. id.
- 47 L. L. id. id.
- 48 Adela: id.
- 49 R. V.: id. y ojetes.
- 50 A. M.: id.
- 51 A. P.: id.
- 52 T. S.: bordado ligero.
- 53 M. L.: al pasado.
- 54 E. F.: id.
- 55 L. S. enlazadas: id.

- N.º 1 Pañuelo: al pasado, punto de armas, punto de pluma, ojetes y calados y guarnicion de blonda.

- 2 y 3 Cuello y mangas: al pasado y ojetes.
 4 Escudo con las iniciales S. P.: al pasado rico.
 5 Id. id. A. L.: feston y ojetes.
 6 Id. id. G. B. L.: al pasado.
 7 Hojal para camisa: al pasado.
 8 á 13 Envoltura: bordado inglés: las hojas pueden bordarse al pasado recor-tándolas.—N.º 8 delantero: 9 peto: 10 mangas: 11 embutido: 12 embutidos para la ropa interior, colocándose encima del dobladillo: 13 guarnicion para las mangas.
 14 Targetero: cordoncillo de oro.
 15 Porta-monedas: Id., id.
 16 Tapas para un devocionario: id., id.
 17 Escudo con las iniciales F. D.: al pasado y feston.
 18 Embutido: bordado ligero.
 19 Guarnicion: id., id.
 20 María: al pasado.
 21 Rosa: id. mate.
 22 María: id. id.
 23 L. M.: id.
 24 P. F.: id.
 25 A. T.: id.
 26 G. P.: id.
 27 C. G.: id.
 28 Sara: id.
 29 y 30 P. C.: id.
 31 R. C.: id.
 32 á 34 R. C.: enlazadas: al pasado.
 35 R. C.: id. fino.
 36 R. C.: feston.
 37 R. C.: al pasado.
 38 Francisca de Paula Aparici: al pasado.
 39 H. B.: al pasado y ojetes.

I. DIOS!

Mujer de mis amores, el corazon te llora.
 La aurora de mi felicidad ya no existe: se ha estinguido para siempre: y se ha estinguido entre los sombríos vapores de las tristezas, como el perfume de la azucena entre los ronc-quejidos de la tempestad.

Me alejo de tu lado: la luz de tus ojos no me dará ya calor: ya no podré vivir á la magnífica impresion de sus destellos: mi alma sucumbirá: no hay desventura en el mundo como la desventura de una ausencia.

Ah! ¿por qué alejarme de tí?

¿Por qué separarte de mí?

¿Qué nubes anublan tu frente, qué vallas detienen tu destino, qué fatalidad pesa sobre tu corazon?

¿Dónde está esa ventura, ideal de mis ensueños; esa felicidad, encanto de mis glorias; esa esperanza, faro de mis ilusiones?

¿Y dónde estás tú: tú, que ave de sublime melodía cantas en la enramada, y no te veo: que flor de virginal aroma me envias tus encantos y no te adivino: que sol de suprema bienandanza me envuelves con tus reflejos y no te vislumbro: que sombra, en fin, de purísimo recato, pasas ante mis ojos y los asombras, pasmas mi corazon y te desvaneces?

Oh tú! para quien solo vivir puedo: para quien solo vivir ansío: ¿dónde estás, dónde; que estrella de mi fé, y faro de mi destino, te busco por donde quiera á través de los soñados prismas de mi felicidad?

Canta, sí, canta: pero que tus cantos lleguen hasta mí: que oiga esa voz dulcísima que agita mi pensamiento, que conmueve mi corazon: canta, canta: los cantares de la dicha son inspiraciones del cielo: y es que como ángel que eres, lo que de tí me llegue, lo juzgaré llegado del mismo Dios.

Azucena mia: elévate orgullosa sobre las demás flores que alfombran la tierra: que tu albo cáliz pueda beber en la temprana aurora el llanto de las vírgenes que sonrien sobre tí: que tu frente no se anuble ante los desengaños, ni tu tallo se tronche ante los vendabales: vive ignorada que así vivirás tranquila: pero vive para mis amores, vive para mis esperanzas, que amores y esperanzas son las solas venturas dignas de disfrutarse en la soledad.

Sí, sí; tu recuerdo irá conmigo: tus acentos vivirán eternamente en mi corazon.

«Estamos completamente satisfechas; me dices en otra de tus cartas: pero una ligera nubecilla viene á anublar nuestras almas, al recordar si sucederá á Cádiz y sus hijas lo que á Valencia, que ha tenido los cantos del poeta; las alabanzas de una imaginacion brillante siempre, donde se revela su esquisito talento y un alma impregnada de bellísimas ideas; pero que al dejar sus costas no quedó al corazon mas que un recuerdo de gratitud. Nosotras, que tenemos la mala cualidad de ser muy exigentes con las personas de nuestro afecto, nos quedamos con su corazon; pero lo queremos enteramente solo; solo para nosotras; agradecemos infinitamente sus halagüeñas palabras; pero seremos mas dichosas sabiendo poseemos su cariño.»

Ah! cómo no poseerlo existiendo tú; tú, para quien todas las dichas creyera pocas; si á

Dios pluguiera permitirme repartir las dichas?
Mi corazon! mi corazon! haces bien en decir se queda aquí: haces bien en desearlo solo: la flor sucumbiria si le faltase el rocío y la tranquilidad.

Quisiera copiar aquí todas las demás palabras: pero no es posible: el corazon me revela no debo hacerlo; y ya que aquí se queda, quiero por vez postrera satisfacer al corazon.

Lo que me suplicas no es posible: créelo: Dios al dar alas á el ave, le dijo: «son las alas de tu felicidad: vuela, vuela con ellas: cuando la tormenta arrecie, cobijate en la enramada: mas si el destino te llama, vuela en pos del destino, aun cuando tengas que dejar las dichas de la enramada por todas las desventuras de la tormenta.»

Ah! vírgen de mis amores! aves nosotros, tambien tenemos alas para volar: si bien alas del sentimiento, pronto el hábito de las pasiones destroza su magnífico plumaje: *entre las amarguras de la vida, ninguna es capaz de igualar á la amargura de la ausencia.*

¡Que no eres digna, que no te crees digna de la fortuna que supones en tu carta?

Dios de Israel! y qué diria yo, si me fuese permitido hablar!

Tus últimas palabras han llenado mi corazon de amargura: han conmovido mi corazon fuertemente.

¿Conque no ha de haber felicidad completa?

¿Conque la esperanza, la esperanza y siempre la esperanza?

Maldita condicion, la de arrastrarse siempre por los emponzoñados senderos de la desdicha.

Maldita condicion, la de tener que aunar eternamente las risas con los quejidos, las glorias con las tristezas, las dichas con los desencantos.

Y maldita condicion aquella, que donde quiera se mire, solo presenta á los ojos el repugnante sarcasmo de la realidad.

Por eso yo, al enviarte mis últimas protestas; al asegurarte mis postreros sentimientos solo elevo los ojos al cielo de mis esperanzas; y como este es el cielo donde habitas tú, las ilusiones descenden sobre mi alma, como suave rocío en medio de los abrasados contornos de un desierto.

Y ya que la tempestad ruje lejana; ya que aun en el revuelto mar de las pasiones se agita la brisa de la esperanza; ya que las lágrimas no son bastantes á calmar la amargura, no te alejes de mí: sé la estrella de la tempestad que embriague mi pensamiento: el ave en los espacios que encante mi oido: la fuente en la pradera que calme mi angustia: el árbol en

el desierto que ampare mi cansancio: el todo, en fin, que me anime, me encante, me alegre, me haga dichoso.

Para tí viviré.

Y donde quiera que fuere; donde quiera que mis ojos se posen, allí estarás tú, allí vivirás, allí se agitará tu imájen.

Créelo; cuando en medio de los mares, el misterioso reflejo de una estrella hiera con su mística luz mis ojos, arrancando á sus párpados el sueño, yo esclamaré: —«ella ha mirado al cielo: bendita la hora en que el cielo ha recojido su mirada.»

Y cuando un eco, tierno, vago, fugaz, melancólico, venga entre los agitados torbellinos de la tempestad á herir mi oido, á penetrar en mi corazon, yo esclamaré: «es suspiro de felicidad: ella es feliz: derrame Dios sobre su frente todas las horas de eterna bienandanza de que disfrutan á su lado los arcángeles.»

Y cuando el ráudo vapor de un perfume llegue hasta mí, impregnando mi alma del misterioso encanto, que deja siempre la dicha de la realidad, absorto esclamaré: «este perfume es el trasunto de su alma; alma donde al Criador le plugo poner todas las virtudes de las vírgenes: él sea su vijía, para que siempre se conserven en ella.»

Súplicas que Dios oirá: porque Dios oyó siempre todo lo que es grande, verdadero y justo.

En tanto, mis cantares llegarán á tí.

El ave, aunque lejana, procurará ensanchar su acento: ¡ah! *si los tuyos llegáran hasta él, en los bosques y enramadas donde se fuera posando!*

Sí, sí, esto sucederá: no es posible que otra cosa suceda.

El tendrá cuidado de ir á los parajes donde las demás aves del mundo, reciben los recuerdos de los ausentes: y si allí la fortuna le hiciese encontrar los tuyos, aun cuando estos no fuesen *mas que recuerdos*, créelo, azucena mia, créelo; ella se consideraria completamente feliz, con la sola dicha de encontrarlos.

Mientras esto sucede, *tus últimos cantos*, le acompañarán á todas partes.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

OTRO ADIOS.

Gaditanas, gracias por todo: gracias por vuestras esquisitas atenciones.

Las horas de mi estancia en Cádiz, han atravesado ráudas, fugaces, embriagadoras: es toda la dicha que podia exijirse en el cielo.

Vuestra curiosidad está satisfecha: me visitéis el Domingo: agradezco á muchas el desco con que asomaban sus peregrinas cabezas para verme pasar: hubo momentos en que me juzgué un César, segun el interés que muchas de vosotras demostrábais por conocerme.

Satisface vuestros deseos, esplicándoos traje y figura; es toda la humildad que exige el evangelio.

En el teatro, sin embargo, no hubiera querido tanta atencion; esta es buena para los genios y los héroes; nunca para los tontos y malos eseritores.

En fin, sea de ello lo que quiera, os repito mis espresivas gracias: los pobres, amigas mias, no tenemos mas patrimonio que la gratitud: por eso cuando llega el caso, procuramos atracarnos á nuestro gusto y sabor.

Mis escritos jamás estarán mas honrados que mientras les sigais dispensando vuestra noble proteccion; yo procuraré en recompensa, que sean tan lindos y os hagan distraer las horas, como vosotras me lo indicais.

Adios: dentro de algunos dias volveré, pero será por un solo dia: un dia en la vida humana, es una gota de rocío en medio de la mar.

Creo, sin embargo, poder prometeros para Octubre, uno ó dos meses de estancia entre vosotras.

Cádiz 31 Mayo 1858.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a C. J.: *Chiclana*.—Queda V.^a suscrita hasta fin de Agosto.

Sr. Don J. G. C.: *Alhama*.—Id., id.

Sr. Don M. C. M.: *Alhama*.—Id., id.

Sra. D^a L. G.: *Sevilla*.—Id., id.

Sra. D^a L. C.: *Segura de Leon*.—Id., id. Se ha variado la direccion.

Sr. Don J. P.: *Vich*.—Por el correo se le ha contestado á la suya del 24.

Sra. D^a B. U.: *Bribiesca*.—Segun pide V. en la suya del 25 del pasado, queda suscrita por tres meses desde 1.^o de Junio.

Sra. D^a A. A.: *Benazque*.—Queda V. suscrita hasta fin de Mayo de 1859. Puede V. remitir los sellos en la forma que indica en su carta del 27 del pasado.

Sr. Don J. M. E.: *Sanlúcar*.—Se le han remitido los números que reclamaba.

Sr. Don L. M.: *Oviedo*.—La suscripcion que concluyó en 31 del anterior, queda renovada hasta fin de Agosto.

Sr. Don F. de M.: *Málaga*.—Quedan renovadas las dos suscripciones que avisa, hasta fin de Agosto.

Sr. Don J. U.: *Madrid*.—Queda V. suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don E. A. G.: *San Vicente*.—Segun indica en

la suya 27 del anterior, la suscripcion á su nombre se ha puesto al de la Srta. D^a R. B. y O., variando la direccion. Se le ha remitido el número que reclamaba.

SUMARIO.—*El cardenal Jimenez de Cisneros, estudios históricos*, por D. José Amador de los Rios.—*Album de mis recuerdos*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Nuevo manual de señoritas*.—*Los desengaños, poesia* por D. Antonio de Trueba.—*Ultima carta al tierno cantor Antonio Trueba*, por D. Sebastian de Mobellan.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Revista de Cádiz*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Bendicion de la bandera del cuarto batallon de infanteria de Marina*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por la Vizcondesa de Renneville.—*Esplicacion del figurin de modas*.—Id. de la hoja doble de patrones y bordados.—*¡Adios!* por D. Sebastian de Mobellan.—*Otro adios*, por D. Sebastian de Mobellan.—*Correspondencia*.—*Geroglífico*.

LAMINAS.—*Figurin de modas de señora*.—*Hoja doble de patrones y bordados*.—*Dibujo de tapiceria en colores*.

Solucion del geroglífico anterior.

La mujer airada, el pabilo encendido, y la sarten agujereada son tres cosas de grande perjuicio en casa.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

